

CÓMO SURGIÓ PUNTO DE PARTIDA	▶ Entrevista con Margo Glantz	3
LA CULTURA DEL PAPEL EN MÉXICO	▶ Boris Berenzon	8
EN EL DESPERTAR SE ENCUENTRA EL AGUA	▶ Ramón Cuéllar Márquez	13
POLVO TRICOLOR	▶ Edgardo Bermejo	14
INVOCACIÓN	▶ Ana Martha Escobedo	25
NO VOLVERÁN LOS TRENES	▶ Andrés Acosta	26
CUANDO EL CALOR NOS ALCANCE	▶ Alejandro Aguilar Sierra	34
LOS VIEJOS	▶ Ana Franco	37
LA VIRGEN DEL VOLKSWAGEN	▶ Jorge Harmodio Juárez	38
SÁBADO DE GLORIA	▶ Martha Isabel de la Colina	43
POEMA	▶ Jorge Salvador Jurado	47
ANA PAVLOVA EN MÉXICO	▶ Josefina Flores	48
TÍTERES	▶ Andrés M. Castro	54
COLIBRÍ	▶ Laura Hinojosa	55
INVIERNO	▶ Toni Meza	56
BRÚJULA		
Artes Plásticas, Teatro, Libros y más...	▶	57

Presentación

Este número abre una nueva época para la revista Punto **de partida**.

Los estudiantes universitarios de bachillerato, de licenciatura y de posgrado tienen mucho qué decir. Mucho que escribir. Porque generan diariamente ideas de gran calidad –por ejemplo, en los trabajos finales– que no deben ser desechadas. Ideas provenientes de distintas áreas del saber, que tienen en común la sustancia de la palabra escrita.

La tarea del escritor es finalmente compartir sus experiencias, sus emociones, sus conocimientos, su visión del mundo. La tarea de esta publicación es crear el camino para hacerlo. Un camino de expresión y de comunicación entre los escritores universitarios y los lectores.

Nuestro objetivo es entonces recuperar el espíritu que dio origen a la revista, retomar la experiencia fructífera que se ha obtenido a lo largo de tres décadas, actualizar los objetivos originales y tratar de enriquecerlos con las nuevas herramientas que la tecnología pone a nuestro alcance. Y desarrollar un trabajo intenso y sostenido.

La revista está abierta, como fue desde un principio, a todos los estudiantes de la Universidad, sin más cortapisas que la necesidad de seleccionar el material. Como en 1966, el año en que fue creada, Punto **de partida** espera la participación de los estudiantes, y la lectura de todos.

La puerta está abierta en esta casa de la literatura

Punto de partida

La revista de los
estudiantes universitarios
Nueva época Revista bimestral
No. 104 agosto-septiembre 1997

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinador de Difusión Cultural:

Gonzalo Celorio

Director de Literatura: Ignacio Solares

Punto de partida

Director: Morelos Torres

Jefe de redacción: Ari Cazés

Concepto Creativo:

Juana Carlos Micete

Verónica Meré Sagaón

Arte Digital: Josefina Hernández

Editorial: DISEM, S. A. de C. V.

Dirección de Literatura

Coordinación de Difusión Cultural, UNAM

Correspondencia, colaboraciones:

Edificio C tercer piso, Zona Administrativa

Exterior, Ciudad Universitaria

CP 04510 México D. F.

Tel. 622-6245 622-6246

E-mail: morelos@servidor.unam.mx

Portada: Del Ángel

Ilustraciones: Del Ángel y

Susana Ochoterena

Impreso en los talleres de

Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V.

Canarias 103, México D.F. 03300

Publicación bimestral

Tiraje: 5000 ejemplares

ISSN: 0188-381X

Certificado de licitud de título 5851

Certificado de licitud de contenido 4524

Impreso en México



Cómo surgió *Punto de Partida*

Entrevista con **Margo Glantz**

*M*argo Glantz ha dedicado su vida a la academia, a la investigación y a la escritura. Fundadora de la revista *Punto de Partida* en 1966 y directora de su primera época, realizó veinte números en donde dieron sus primeros pasos muchos jóvenes escritores y artistas universitarios. En esta nueva época de la revista que ahora inicia, es importante conocer el espíritu que animó la publicación desde su nacimiento.

Para saberlo nos hemos acercado a la doctora Glantz, una persona muy amable, según lo pueden atestiguar los numerosos alumnos que ha tenido a lo largo de su trayectoria. Le preguntamos cuál era el panorama de la vida cultural de la Universidad en el momento en que se funda *Punto de Partida*.

Era un panorama muy diferente al de ahora. La Universidad era el centro de todo lo que se hacía, tanto en difusión cultural como en las otras áreas sustantivas. Acabábamos de salir del rectorado del Dr. Ignacio Chávez, que fue un esfuerzo interesantísimo; se publicaba desde tiempo antes la *Revista de la Universidad*, que tuvo uno de sus periodos más brillantes con Jaime García Terrés. Todo estaba concentrado,

definido: en ese tiempo se podía ir a ciertos lugares con mucho menos esfuerzo que ahora. Era aquella una ciudad más pequeña pero intensa, rica, segura, muy viva y mucho más vivible, más humana que la ciudad en la que vivimos ahora. Uno podía ir a la Casa del Lago y ver un espectáculo allí, y luego ir al Teatro de Arquitectura en la Ciudad Universitaria, para ver una obra dirigida por Héctor Mendoza, por ejemplo, y de ahí se podía venir uno a cualquier cine; por cierto, en ese tiempo las muestras cinematográficas no se daban en diez salas, como ahora, sino únicamente en el cine Roble. Todos nos encontrábamos allí: estudiantes, profesores, periodistas, amigos. Uno se encontraba a toda la gente que quería encontrarse.

De aquellos años a la fecha, la revista ha funcionado como una especie de historia de una tradición cultural que la Universidad ha seguido, pero que ha ido cambiando necesariamente. La Universidad de ahora sigue siendo el centro de la cultura en la ciudad, pero ya no es tan importante como antes, porque se ha diluido en muchos otros centros de cultura, otras universidades que cumplen con el papel que en un momento dado sólo ella cumplió.

¿Cómo surgió *Punto de Partida*?
¿Cómo la recibieron los estudiantes?

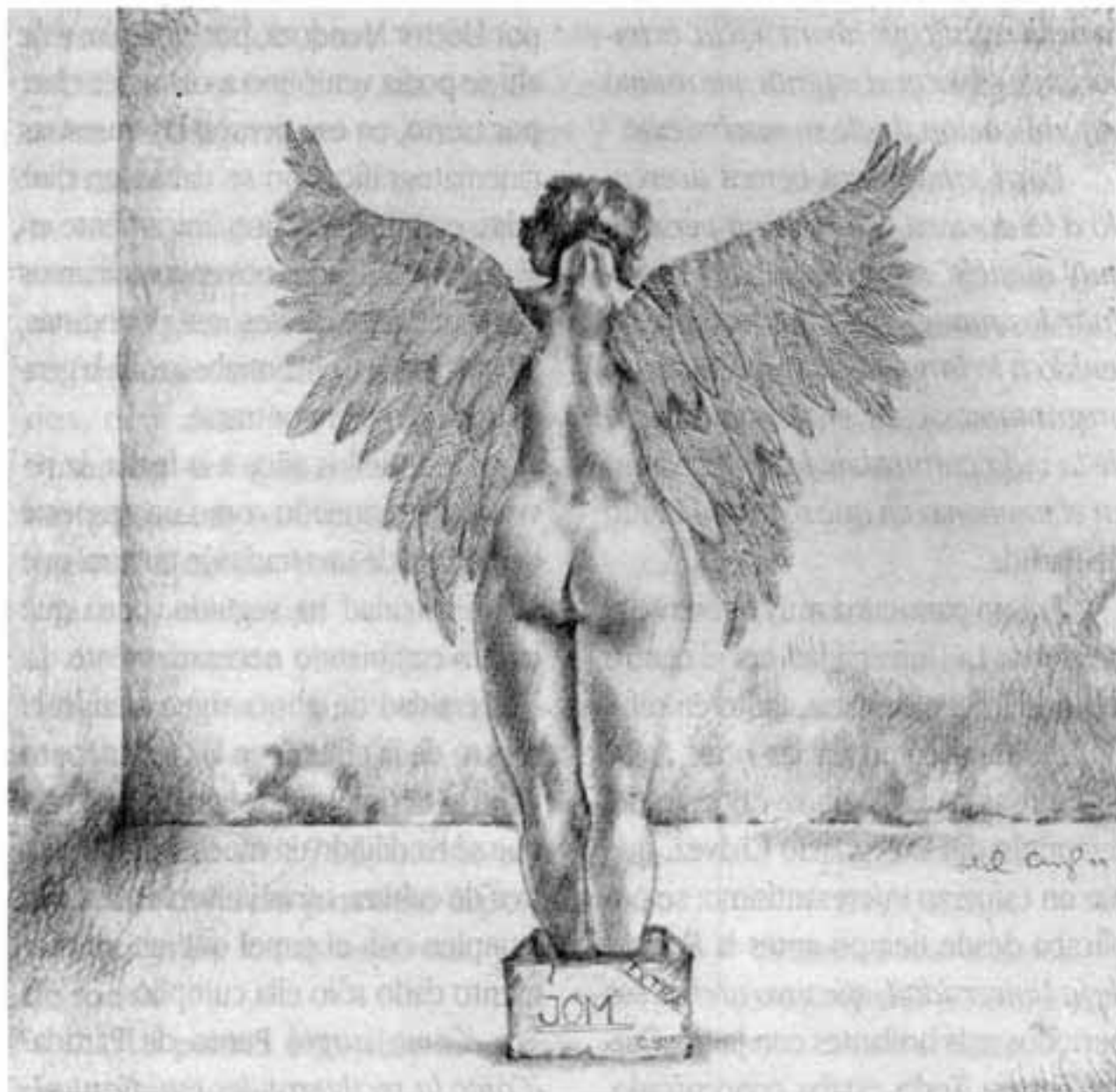
Se me ocurrió fundar *Punto de Partida* cuando empezaba a trabajar en la Universidad el rector Barros Sierra, y en Difusión Cultural el licenciado Gastón García Cantú, con quien tenía yo una buena relación. Por eso le dije: "creo que sería importante que la Universidad tuviera una revista dedicada a los jóvenes". Tenía yo en ese entonces un seminario de literatura comparada con

que se debía empezar con colaboradores que fueran precisamente estudiantes. A García Cantú le pareció muy bien la idea, y me propuso el título: "¿Por qué no le ponemos Punto de Partida?", dijo. Así que empezamos a trabajar con Eduardo Naval, un alumno mío de origen español, muy brillante. Le pregunté si quería ayudarme en esa empresa, en la que íbamos a empezar de cero, sin nada como antecedente, como tradición. Él aceptó.

La revista fue al principio literaria. Pero a mí me interesaba que abarcara todos los ámbitos de la Universidad, y que no se limitase a la Facultad de Filosofía y Letras y al Colegio de Letras. Metí un anuncio en la revista, donde convocábamos a estudiantes de todas las áreas—veterinaria, odontología, etc.— a que participaran. Los estudiantes respondieron. Recuerdo que nos poníamos a vender la revista en lugares estratégicos de la Universidad—yo misma la vendí a mano— y poco a poco fue afluyendo material de diferentes fuentes.

La revista ha funcionado como una especie de historia de una tradición cultural que la universidad ha seguido

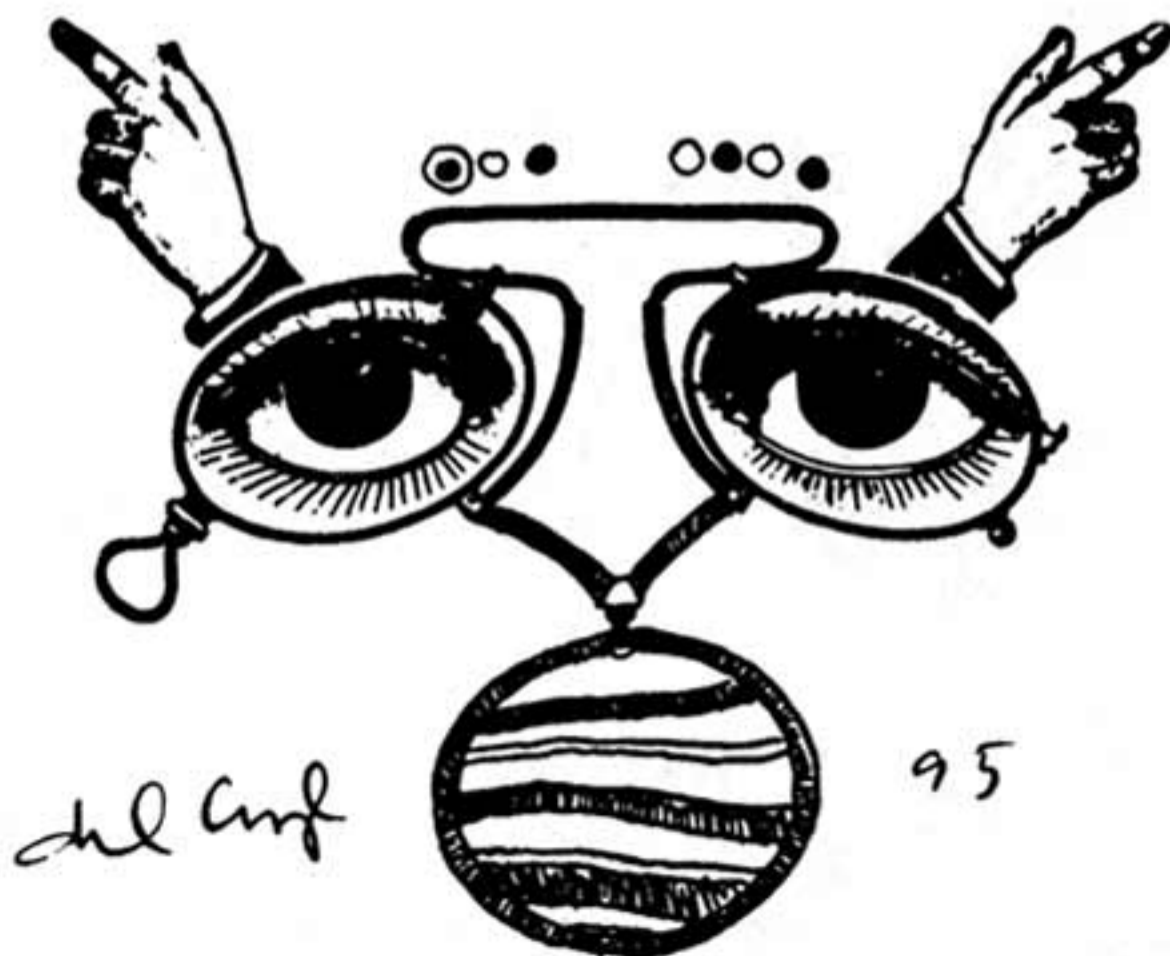
gente muy brillante, que hacía ensayos para sus trabajos de fin de año y sin embargo no tenía donde canalizarlos, porque la *Revista de la Universidad* funcionaba muy bien, pero para otro nivel de colaboradores. Y me pareció



Era importante que la publicación se abriera a las artes plásticas, y lo hicimos. Empezamos a hacer concursos, a dar premios. Empezamos a hacer una editorial que estuviese aparejada a *Punto de Partida*. Debo hablar con una especial dedicación y muchísimo cariño de quien definió el formato de la revista, un gran pintor ya fallecido, Alfredo Hlito. Luego abrí a los estudiantes la posibilidad de que aportaran materiales para hacer portadas y para ilustrar la revista. Pensé que había que abrir tanto talleres como secciones y concursos en diferentes ámbitos de las áreas sustantivas de la Universidad, para que la revista fuese representativa. Y creo que al cabo del tiempo lo logramos. Nos tocó de repente, en medio, algo muy importante, que fue el movimiento del 68, fascinante y terrible al mismo tiempo. La mayor parte de los estudiantes que colaboraban conmigo en *Punto de*



Partida estaban afiliados a él, algunos estuvieron en la cárcel, y desde allí enviaban sus colaboraciones. Gastón García Cantú pensó que era importante que, puesto que era una revista que aglutinaba a los diferentes estudiantes de la Universidad, hubiera una cierta



relación entre la *Revista de la Universidad*, que era la revista institucional, y *Punto de Partida*, que era la revista institucional para los estudiantes. Así que uno de los estudiantes, el poeta Eduardo Campos, publicó un poema como portada de la *Revista de la Universidad* para apoyar al movimiento estudiantil. Todos sabemos que el rector Barros Sierra fue en esa coyuntura una figura destacadísima, que encabezó varias de las manifestaciones que se hicieron para defender a la Universidad. *Punto de Partida* estuvo muy vinculada con los estudiantes que estaban trabajando para ese movimiento y que nunca dejaron de trabajar para la revista. Incluso varios de ellos fueron exiliados, por ejemplo el arquitecto Héctor Olea, que tuvo que irse a Brasil. En

ese periodo la revista aglutinó a un grupo de estudiantes que tenían un interés muy grande en producir textos, formatos, viñetas o portadas. Es muy significativo que nos haya tocado en medio el Movimiento del 68. Después de que éste terminó, con las consecuencias que sabemos, que son bastante violentas y tristes, la Universidad retomó su marcha y la revista, que estaba muy consolidada, cambió de dirección, pasó a manos de Eugenia Revueltas. Ella la manejó muy bien, modificó su línea, porque es completamente lógico: cada persona que asume el papel de la dirección tiene que dejar su propia impronta. Pero creo que dejó veinte números de gran solidez, en los cuales participaron gentes que ahora son importantísimas en las letras y la plástica de México. Creo que fue una labor muy interesante, productiva,

una de las épocas más maravillosas de mi vida. Estoy muy satisfecha de esa revista, de mirar hacia atrás y darme cuenta de que fue un periodo importante para la Universidad.

Ustedes tuvieron una capacidad muy importante de descubrir escritores.

Así es. Escritores jóvenes que se acercaban, como David Huerta, José Joaquín Blanco, Mónica Mansour, Antonio Delgado, Agustín Monsreal, etc. Se me ocurrió que era muy importante fundar unos talleres de *Punto de Partida*, que fueron móviles. A veces yo los daba, pero generalmente buscaba directores de taller que vinieran de diferentes ámbitos, tanto de México como de otros países. Aproveché la visita de escritores extranjeros —por ejemplo, en una ocasión estaba aquí Julio Ortega, quien nos dio un taller sobre César Moro y Vallejo—. Muchos vinieron genero-



samente, porque casi no les pagábamos nada, a trabajar con los estudiantes: Salvador Novo, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Julieta Campos.

En la época que usted fundó y dirigió, se publicaron ensayos de muy buena calidad. Era notable el papel del ensayo como vehículo para las ideas que se generaban en distintas áreas del conocimiento.

Yo creo que la Universidad en esa época tenía un nivel mucho más alto que el que tiene ahora. Creo que el 68 fue un parteaguas: dio entrada a una serie de factores que permitieron que se fueran degradando los niveles de educación, los cuales son bastante programáticos a mi parecer y se repiten en toda América Latina: se puede ver como un plan preparado para que la universidad popular, la universidad abierta, la universidad gratuita, se empiece a destruir para dar cabida a cuadros de universidades privadas, las cuales eligen elites que van a gobernar, y a desplazar a los estudiantes que puedan entrar a la universidad. Muchos de los estudiantes universitarios han ido bajando de nivel cultural, de nivel de lectura, porque tienen que desplazarse desde muy lejos, porque tienen poco dinero, etc. En aquella época había una estimulación. No significa que fuéramos gente rica. Pertenecíamos casi todos a la clase "media baja" o "media media". No teníamos coche: tomábamos un trenecito, un tranvía o un camioncito que nos llevaba a la Facultad de Filosofía y Letras, en mi caso. De todas las extracciones sociales íbamos a la Universidad.

Los grupos eran mucho más pequeños, se podía trabajar a nivel individual con los estudiantes, leían más, tenían mucho más interés en ciertas cosas. Había más interés en la difusión de las ideas y la política en aquella época. La gente estaba más involucrada, de una manera más directa, con

menos polarización, a pesar de que ocurrió el Movimiento del 68, y a pesar de que éste fue atacado y violentado por el régimen de Díaz Ordaz. Los

Nos tocó el movimiento del 68, al cual estaban afiliados muchos estudiantes que colaboraban en la revista

estudiantes tenían una idea clara acerca de lo que pensaban que debía ser el país. Y también tenían una preparación importante en las áreas en que trabajaban: por eso podían surgir ensayos como aquellos ☉



La cultura del papel en México

Boris Berenzon

Facultad de Filosofía y Letras

La sabia historia... el pasado es arcilla que el presente labra a su antojo. Interminablemente.

Jorge Luis Borges



La principal función del papel es la de ser posibilitador de la memoria escrita. El nombre de papel viene de *papyros* (*Cyperus papyrus*), planta lacustre de cuyo tallo los egipcios, ya 3500 años antes de Cristo, confeccionaban hojas para escribir en ellas.

El *liber* es la película que hay entre la corteza y la madera del árbol; los botánicos lo definen como parte del cilindro central de las plantas angiospermas y está formado principalmente por hacecillos o paquetes de vasos cribosos.

Los egipcios separaban el liber del tronco con un cuchillo muy bien afilado, sacando de 12 a 14 tiras sumamente delgadas y tan largas y anchas como lo

permitiera el tronco; las humedecían con una especie de cola de harina o almidón, colocándolas sobre una cruz encima de tableros, y después de raerlas con un diente o un marisco y prensarlas o batirlas a martillo, las secaban al sol. Del hecho de pegar dichas hojas unas con otras por los extremos, resultó el llamado propiamente *papyrus*.

Los griegos llamaban a esta manufactura *biblos* o *chartos*, y los romanos *charta*. Modernamente, desde fines del siglo XVIII, Francisco de Landolina y luego una cierta familia de Siracusa, de apellido Politi, y sus sucesores, han fabricado papel *papyrus* en hojas de 25 por 20 centímetros.

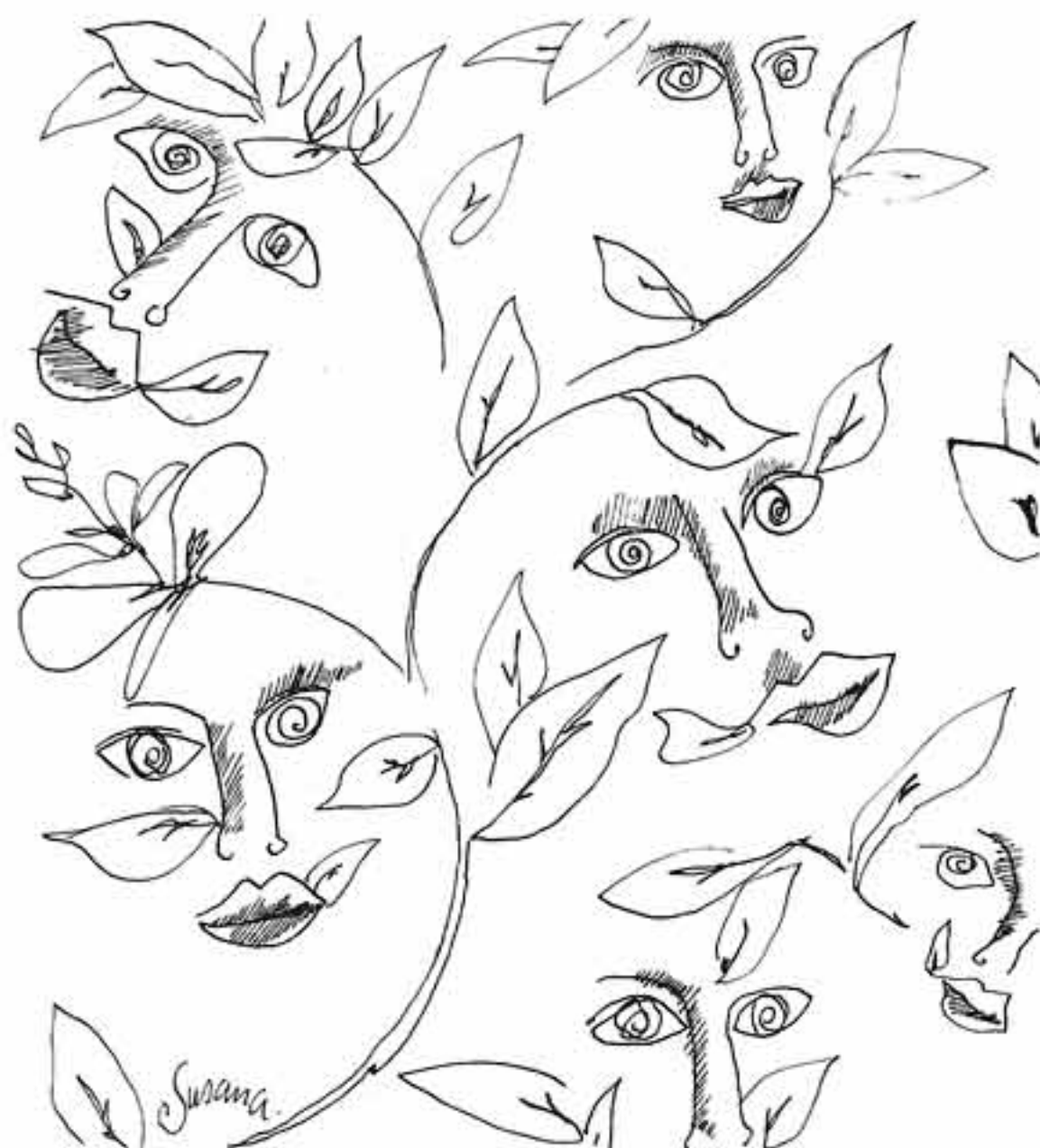
Según las fuentes, el primer cronista que da a conocer alguna información sobre la hechura del papel en Mesoamérica es Pedro Mártir de Anglería: "...en lo que ellos escriben son unas hojas de cierta delgada corteza interior de los árboles, que se creía debajo de la corteza superior, creo que se llamaba *philira*[...] hay una tela dura que separa las hojas exteriores a modo de redes

con agujeros y mallas estrechas, y las embetunan con unto fuerte[...] cuando están blandas, les dan la forma que quieren y las extienden a su arbitrio, se supone que con yeso o con alguna materia parecida". Bernal Díaz del Castillo escribe que hacen: "librillos de un papel de corteza de árbol, que llaman amatl...". Fray Diego de Landa dice: "...este papel lo hacían de las raíces de un árbol y le daban un lustre blanco en que se podía escribir".

Otros como Gómara anotan: "...de las hojas de este metl [maguey] hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores"; "hácese del metl buen papel; el pliego es tan grande como dos pliegos del nuestro, y de éste se hace mucho en Tlaxcallan. Otros árboles hay de que se hace en tierra caliente, y de éstos se solía gastar gran cantidad: el árbol y el papel se llaman amatl, y de este nombre llaman a las cartas y a los libros y al papel, amate". Lorenzo Boturini, científico del siglo XVIII y Cronista Real de las Indias, dedicó su

vida a dos grandes pasiones: la de coleccionar manuscritos jeroglíficos, narraciones, figurillas, vasijas, con lo que se produjo posteriormente un gran museo, y la de hacer historia. De esta última actividad surgió la *Historia general de América septentrional*, publicada por vez primera en Madrid en 1746, obra que causó una gran impresión en los medios científicos españoles, sobre todo por la aportación historiográfica que ponía de manifiesto a una América alejada del mito hispano, y en la que podía apreciarse "carga ideológica" de descubrimientos técnicos como el papel. De Boturini es el siguiente párrafo: "El papel indiano se componía de las pencas de maguey que en lengua nacional se llama metl y en castellano pita. Las echaban a pudrir y lavaban el hilo de ellas, el que, habiéndose ablandado, extendían, para componer su papel grueso o delgado, que después brumaban [magullaban] para pintar en él".

El papel se hacía en Mesoamérica del líber de varias clases de árboles. El



más usado fue el amate o amacuahuitl (del náhuatl *amatl*, papel, y *cuahuil*, árbol), el cual pertenece a la familia *Ficus*. En algunas regiones se usaron tres

El papel fue uno de los vehículos sociales que ayudó a la cohesión de los grupos mesoamericanos

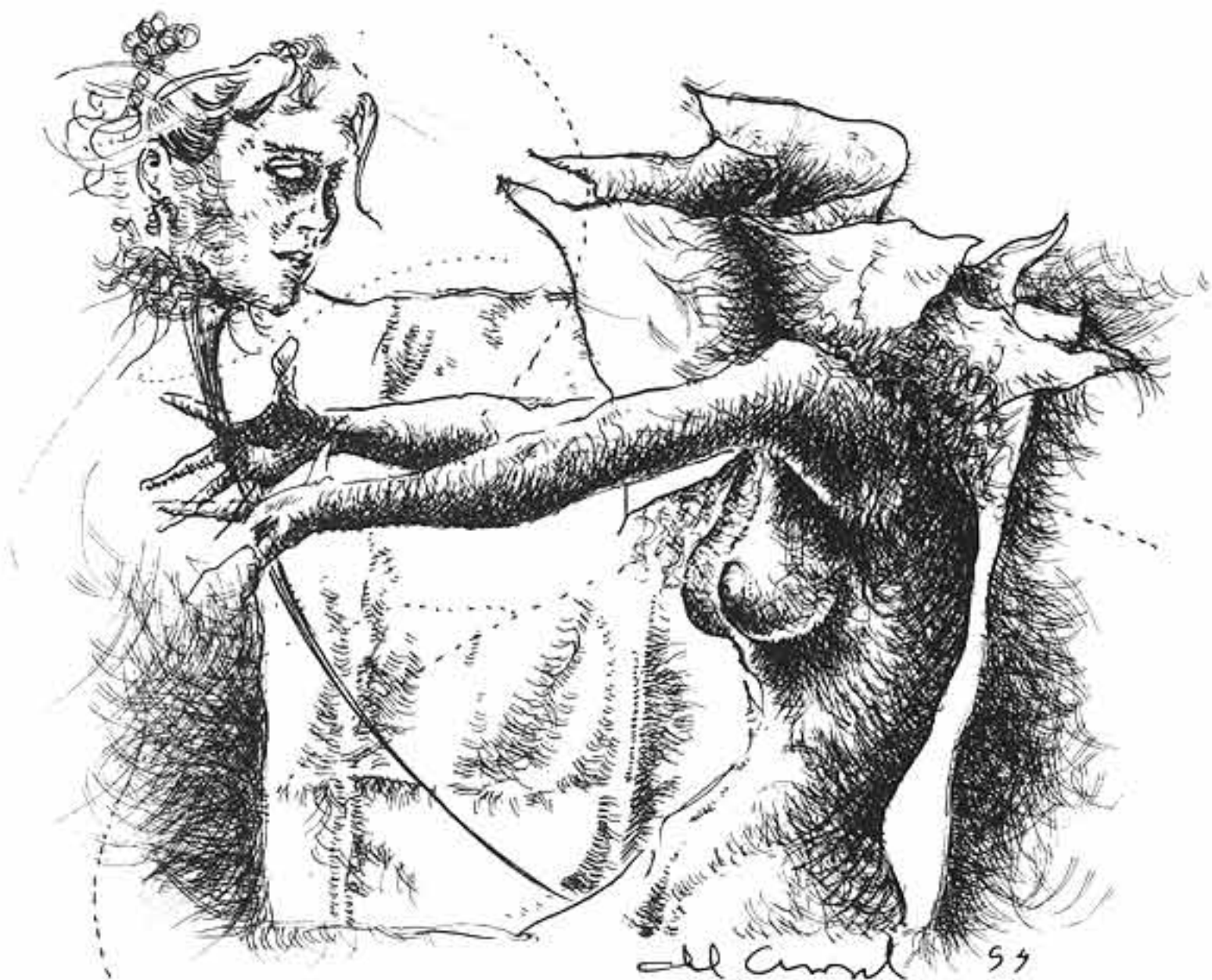
clases de árboles: el *Xalamatl*, el *Chichicastle* y *Moral*. El *Xalamatl* produce papel de color café y el *Chichicastle* uno de color gris, es un árbol de 2 a 7 metros de alto; se le encuentra en México, América Central, el Caribe y la parte tropical de América del Sur. En México se conoce por varios nombres: mal hombre, mala mujer, tachinole. El *moral* produce un papel de color blanco amarillento, sin embargo podemos encontrar colores muy variados, debido a

que la corteza madura da un papel de color más oscuro que la corteza tierna.

Los antiguos indígenas utilizaban además el maguey y la palma llamada izote. También elaboraban papel con la seda de unos capullos grandes, según lo describe el Barón de Humboldt.

Los cronistas novohispanos distinguieron tres clases principales de papel: de metl o maguey, de *amatl* o higuera e izotl o papel de palma. Hans Lenz, historiador contemporáneo que ha investigado la historia del papel en México, explica ampliamente la historia de los materiales con que se elaboraba el papel en el México prehispánico.

Los recientes experimentos permiten corroborar el análisis iniciado por los cronistas. Lenz señala, al referirse a las crónicas novohispanas, que éstas dieron origen a la creencia de que los papeles de los códices solamente se habían elaborado con las fibras de maguey. Fue en 1912 cuando el doctor Rudolf Schwede pudo demostrar, basándose en estudios químico-micros-



cópicos, que existían varios tipos de papel. Las anteriores conclusiones hacen suponer a Lenz que el papel de los códices estaba hecho principalmente de fibras liberianas de una o varias especies de *Ficus moracea*, es decir de los árboles que los antiguos mexicanos llamaban amatl, con la excepción del manuscrito de Seler del siglo XVI, hecho de maguey. Gracias a los testimonios de los cronistas, tenemos una idea aproximada de los métodos que se emplearon en la manufactura del papel.

Las pencas se ponían a pudrir y los productores de papel lavaban el hilo. Una vez ablandado, lo extendían, para componer su papel grueso o delgado, que después bruñían para pintar en él.

Otra forma de hacer era la siguiente: se cortaban sólo las ramas gruesas y se ponían a remojar durante la noche en los arroyos o corrientes de agua. Al día siguiente se arrancaba la corteza y después de limpiarla de la cutícula superior, se extendía a golpes con una piedra plana y estriada, y se sujetaba con una vara de sauce doblada en círculo a manera de mango, lo que hacía que el material se hiciera flexible. Se cortaba luego en pequeños trozos, que golpeados de nuevo con otra piedra más plana se unían fácilmente entre sí y se formaban en hojas de papel de aproximadamente 44 centímetros de largo y 33 de ancho.

El naturalista mexicano Francisco Hernández (1571-1577) señaló que a las fibras se les añadía una sustancia extraída del *tzacullli* o *amatzaubtli* (*amall*, papel; y *tzaubtli*, gluten), que también usaban los pintores para adherir más firmemente los colores. Posiblemente se las sometía también a algún cocimiento; las golpeaban con unos mazos de madera o batidores de piedra estriados, hasta dejar únicamente las fibras liberianas, es decir, la membrana que tienen los árboles entre la corteza y la madera, y en la cual ya se escribía antes de la invención del papel.

El proceso de elaboración de papel en Mesoamérica se entiende a partir de la utilidad que éste tenía para los antiguos mexicanos, quienes hacían frecuente uso de él en muchas de sus ceremonias, aunque fueran éstas de carácter puramente ritual. Ese uso tan extendido seguramente se debió a que descubrieron que era el material más económico de producir, que por su flexibilidad podía teñirse y decorarse de múltiples formas.

También se empleaba extensamente en trabajos de plumería, en la confección de ropa y muchos otros artículos, así como libros que fueron la admiración de los conquistadores españoles al verlos por primera vez en Cempoallan, y en los que se registraban los acontecimientos astrológicos, astronómicos, religiosos y todos aquellos que tuvieran importancia histórica.

En tiempos precolombinos, el papel era objeto de tributo a los reinos de México, Texcoco y Tlacopan y también se vendía y trocaba en los mercados.

Desde tiempos remotos el papel fue de uso tan generalizado que no ha sido posible investigar su origen, edad y desarrollo; pero los datos más antiguos pertenecen a la cultura teotihuacana II y III, que según la opinión de los arqueólogos debemos colocar en los primeros siglos de la era cristiana.

Existe una controvertida discusión sobre el material en el que fueron elaborados los principales códices del México antiguo. Comienza con un artículo titulado *El papel en México*, escrito por Philip J.J. Valentini en octubre de 1880, que fue publicado por la Socie-



dad de Anticuarios de América. Valentini hace una extensa revisión de las varias referencias al papel escritas en los códices y continúa la discusión sobre el significado del uso y producción del papel en la época precolombina. Valentini afirma que el papel fue hecho primeramente de dos formas: del centro de la corteza del árbol de amatl y de las hojas de la planta del maguey, y sugiere que, posiblemente, en las zonas bajas del área maya se utilizaba el papel amatl, mientras que en las tierras altas los aztecas procesaban papel de maguey.

Los mayas ocupaban una zona donde abundaba el árbol de amatl; los nahuas habitaban la mesa de la cordillera, donde este árbol no existía. De los materiales que más información se tiene es del amatl y del maguey.

mesoamericanos, pues les permitió entenderse, fortalecer sus costumbres y creencias y organizarse para resolver problemas, es decir, vivir en sociedad.

La tradición escrita —conjunto de mitos y leyendas que se transmiten a través de los símbolos plasmados en una superficie, en este caso el papel— ocupó un lugar fundamental en la sociedad mesoamericana, al ser uno de los medios utilizados para comunicar la cosmovisión de generación en generación.

La función del papel, sus posibles significados y la manera en que pudo fabricarse se han comprobado mediante estudios recientes en comunidades indígenas contemporáneas, y sus ideas han sido retomadas por los estudiosos como base para conocer las culturas que se desarrollaron en la Mesoamérica antigua.


Nos hemos acostumbrado mucho a que nos digan cómo somos, sin investigar por nosotros mismos quiénes somos realmente. En múltiples campos de nuestra vida social o intelectual hacemos referencia permanente a libros o investigaciones de estudiosos extranjeros. Su interés por la sociedad novohispana y mexicana es bienvenido; ellos han aportado importantes interpretaciones de personajes y tiempos de nuestra historia. Sin embargo, no podemos dejar que la mirada "eurocéntrica" sea la que nos siga explicando; debemos incrementar el ya amplio acervo de investigaciones mexicanas que se ocupan de nuestra historia social y cultural.

La reconstrucción de la historia del papel en Mesoamérica antes de la conquista y la colonización, así como el proceso de destrucción del mismo como consecuencia de esa conquista, se suman a los elementos básicos para la comprensión de la identidad mexicana. El entendimiento del pasado no puede ser interpretado sólo con símbolos externos

Los antiguos mexicanos usaban frecuentemente el papel en sus ceremonias, porque era un material económico

El papel actual se distingue esencialmente de la manufactura del Antiguo Egipto en que se produce por medio del machacado de fibras tenues procedentes de materias vegetales (el algodón, la seda y el aminato sólo se emplean hoy para papeles finos) que se obtienen también con trapos viejos y toda clase de tejidos de desperdicio. Las pastas de madera, paja, esparto y otras fibras vegetales producen el papel común. Los trapos de lino, algodón, cáñamo y otros, son materiales que contienen fibras de alta calidad, de ahí que la fabricación de papel de trapo sea el fundamento de la manufactura papelera contemporánea.

Para concluir, diremos que el papel constituyó un vehículo social que ayudó a la cohesión de los grupos



En el despertar se encuentra el agua

Ramón **Cuéllar Márquez**

Facultad de Filosofía y Letras

Para Juan Domingo Argüelles

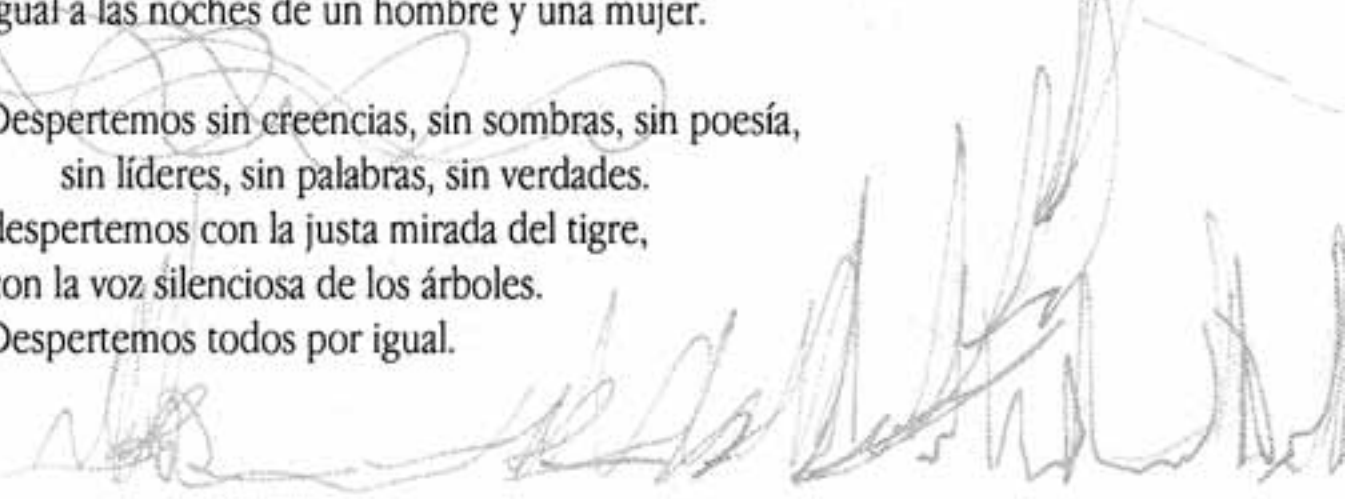
Éste es el tiempo en que el aire se torna diáfano,
en el centro mismo del agua, cayendo en partículas,
levitando como una palabra que recién ha nombrado
la cosa por vez primera.

Hemos de abrir los ojos
y nos reconoceremos como autómatas,
como fósiles sin especie y sin época.
¿Qué le pasa al tiempo que no pasa
en la estación precisa
donde lo espera un poema con un boleto sin retorno?

Nos tenemos que quedar con el alma vacía,
como el pecho de Cristo, el pecho de Buda,
el tórax amplio de un niño por donde entra
—indudablemente— la infancia del mundo.

También hemos de abrir —siempre eso—
las desgarraduras invisibles que nos aparecen
en el alba, con un color mortecino
igual a las noches de un hombre y una mujer.

Despertemos sin creencias, sin sombras, sin poesía,
sin líderes, sin palabras, sin verdades.
despertemos con la justa mirada del tigre,
con la voz silenciosa de los árboles.
Despertemos todos por igual.





Polvo tricolor

Edgardo Bermejo

Facultad de Filosofía y Letras

I
El pueblo de El Pozo, enclavado a la mitad de un desierto incomprensible, es uno de esos lugares cuya extraña personalidad consiste en que nunca pasa nada. O casi nada, pues ya tenía un rato que las cosas amenazaban con dejar de ser tan aburridas.

Cuatro años atrás a la población le llegó por fin el aliento esperanzador

de la civilización: una larga y moderna carretera habría de pasar justo en medio de los dos kilómetros cuadrados sobre los que se desparraman las casas del lugar.

La carretera finalmente se construyó, pero de este hecho no se desprendió ningún beneficio claro para el pueblo. Por recomendaciones de alguna oficina de ecología los ingenieros del gobierno prefirieron trazarla "a una prudente distancia de los asentamientos humanos". De manera que tampoco la nueva sirvió para reanimar la vida anodina de los quinientos habitantes de El Pozo.

Ellos, o más bien sus abuelos, fueron empujados desde el extremo norte del país hasta aquella región sureña, por un gringo aventurero que quiso buscar petróleo poco antes de la expropiación del presidente Cárdenas. Los emigrantes aceptaron la oferta de una vida nueva, un salario justo, y treparon al tren.

Cuando la expropiación se produjo el gringo se fue del país, abandonando a su suerte a los pioneros del frustrado paraíso petrolero. Esto explica el nombre del lugar: El Pozo, profundo agujero en el terreno yermo cuyo propósito original fue el de encontrar petróleo.

Diez metros llevaban del pozo cuando el gringo se marchó con todo y maquinaria. Con pico, pala, mecate y cubetas los trabajadores recién llega-



dos lograron excavar otros cinco metros. Jamás se acercarán a los mantos petroleros, pero al menos encontraron agua fresca. Gracias a ella, y a que los malogrados petroleros ya no podían regresar a sus lugares de origen, se fundó el pueblo.

II

Con los años se levantaría un templo y una pequeña escuela. Se mandó traer un cura y una maestra de la capital. Los curas solían durar poco; la maestra en cambio llegó de veinte, ya pasaba de cincuenta, y seguía dando sus clases tan soltera y recatada como desde el primer día de su llegada. Un viejo romance, secreto y apasionado, se le atribuye a la mentora, pero nadie hasta la fecha ha logrado comprobarlo. También se nombró a un comisario que además de servir de juez, jefe de la policía, árbitro de fútbol y tesorero, estaba encargado de rendir cuentas al presidente del municipio al que pertenecían, casi sin saberlo, los habitantes de El Pozo.

Otros dos personajes completan la lista de los principales del pueblo. Don Marcelo, líder del reducido grupo de los ancianos fundadores de El Pozo; y el joven Adán, centro delantero del equipo de fútbol, consumado galán y principal organizador de los bailes que de cuando en cuando se realizan en el pueblo.

Durante su juventud, cuando trabajaba de minero en el norte, don Marcelo participó en una huelga y fue iniciado en la política gracias a un grupo de liberales y anarquistas que organizaron el sindicato en la mina. Desde entonces hacía alarde de su filiación a la masonería y de poseer un rango elevado dentro del grupo. Mentiroso pero honrado, un tanto incomprendido, fiel republicano, inspirado autor de versos patriotas, ateo intransigente, hombre solitario, promotor de torneos de dominó y ajedrez, conciencia crítica de El



Pozo, guía moral de tres generaciones y figura imprescindible en la toma de decisiones dentro de su pueblo, don Marcelo vivía en aquel lugar una suerte de autoexilio que había durado más de medio siglo.

A veces se le sorprendía hablando solo, lanzando discursos encendidos a públicos inexistentes; otras veces se le podía encontrar dando un paseo por el pueblo y memorizando en voz alta lo aprendido en su texto de cabecera: El libro de Efemérides del Calendario más Antiguo de Galván: "15 de julio de 1867: entrada triunfal del presidente Juárez a la capital de la República; 17 de julio de 1894..."

De Adán hay menos que decir, era el único joven en el pueblo que participaba de las principales decisiones. Tenía todo a su favor: juventud, gallardía, pericia futbolera, y sobre todo tenía la única camioneta del pueblo, cuyos servicios de carga y transportación de enfermos eran indispensables para todos.

El Pozo es una de esas islas humanas fieles a su profunda y primigenia soledad. Los pocos que se habían ido a otras tierras en busca de mejor fortuna nunca regresaron. Los que se quedaron,

LA MÁGIA DEL
ANGEL



o los que allí nacieron y allí mismo habrían de morir, no lo hacían por alguna vocación esencial de sacrificio o por un sentimiento inflamado de apego al terruño, simplemente no podían concebir una vida diferente y en un lugar desconocido; como un secreto compartido mantenían la convicción de que en otras partes del mundo la vida no debía transcurrir con la misma precisión con la que se cumplía en su pueblo.

La suya era una renuncia casi fatal al cambio, pero sobre todo al movimiento; esperaban tiempos mejores, pero éstos sólo podrían serlo si ocurrían en el perímetro de tierra seca que albergaba al lugar. Los fundadores, emigrantes por obligación, hombres y mujeres que se atrevieron a recorrer caminos,

enseñaron a sus hijos a valorar la tranquilidad y la certidumbre que otorga una vida sedentaria.

Como cien cabezas de ganado flaco, un poco de maíz que se daba jorobado y pequeñito pero en cantidad suficiente, y algunas baratijas hechas con zacate del llano que de cuando en cuando se vendían en la ciudad más próxima, mantenían en pie al pueblo y a sus alestargados habitantes. Eran bastante miserables, pero tal vez no tan infelices.

No había luz eléctrica, había velas y lámparas de gas; no había teléfono, había una oficina postal que, ante la ausencia de toda comunicación con el exterior, fue abandonada por sus empleados fuereños varios años atrás.

A pesar del silencio y la pesadez inmóvil con la que los días se acumulaban en El Pozo, hacía tiempo que entre la gente corría el runrún de que algo nuevo y diferente pasaría. Sin saber cómo ni por qué, todos en el pueblo andaban más intranquilos que de costumbre, presagiando una noticia que podría cambiar para siempre el curso insípido de sus vidas.

III

Ese día por fin llegó un sábado de finales de abril al término del partido de fútbol. Aquella tarde el señor Gonzalo, comisario de El Pozo, convocó a los notables del pueblo para la junta de emergencia, que en un lugar donde nunca pasa nada significa tanto como provocar un sismo. Hasta la casita comisarial llegaron puntuales el cura, la maestra, el joven Adán, el viejo Marcelo y Pascual, el abarrotero, que se tragó el desaire de no haber sido invitado por el comisario, con tal de asistir a tan inusual cita.

Adentro la junta de los principales y un colado; afuera el resto del pueblo esperando las novedades. Antes de que el sol cayera salió de su casa el señor Gonzalo y al punto dio razón de las noticias:

En su última visita a la cabecera municipal pudo conversar con un alto funcionario del gobierno del estado, un dirigente del PRI y su amigo el Presidente Municipal. Ellos le confiaron una noticia sorprendente: el candidato presidencial del PRI, con su nutrida comitiva, un ejército de periodistas y distinguidas personalidades de la entidad, haría un recorrido por aquella región y muy probablemente visitaría El Pozo.

La primera reacción fue la de una sorpresa muda. Algo extraño sacudió por dentro a los pozeños, como si después de un largo sueño el mundo exterior los despertara con la noticia de su existencia. Es difícil saber si el mutismo ante la información del comisario se debía a la incredulidad que dejan en nuestros oídos las buenas nuevas; o por el contrario, si aquel primer silencio se debía al horror de saberse sorprendidos y violados en su aislamiento secular, en su intimidad provinciana.

La recuperación de los pozeños vino seguida de una andanada de preguntas: ¿Y quién es ese señor? ¿Qué rayos viene a hacer aquí al pueblo? ¿Cómo debemos vestimos ese día? ¿Qué nos va a regalar?

El comisario, hijo mayor de uno de los difuntos fundadores del pueblo, era un buen organizador, un dirigente nato, pero era malo para hablar, por eso le hizo el quite don Marcelo, que imprimía sabor y ritmo a su oratoria, haciendo ver las cosas de otro color cuando así se requería. El anciano explicó que aquel señor era un político muy importante y muy sabio, un hombre de origen humilde que había estudiado en otras partes del mundo, recordó a Juárez, al presidente Cárdenas, habló como todo un liberal del progreso de la patria, de la sabiduría de las leyes y del futuro de la infancia.

A decir verdad, no todos pudieron entender lo que don Gonzalo quiso decir. Algo por lo menos estaba claro: la visita de ese señor candidato era más que una buena noticia, significaba que los días de pobreza y atraso habían terminado para El Pozo. Aquel señor tendría que ser un hombre bondadoso que seguramente colmaría de obsequios a los niños y a los adultos. Su visita, imaginaron, sería algo tan bueno como sacarse la lotería.

El comisario volvió a tomar la palabra explicando las condiciones que le habían puesto sus superiores para

El Pozo era una de esas islas humanas fieles a su profunda y primigenia soledad



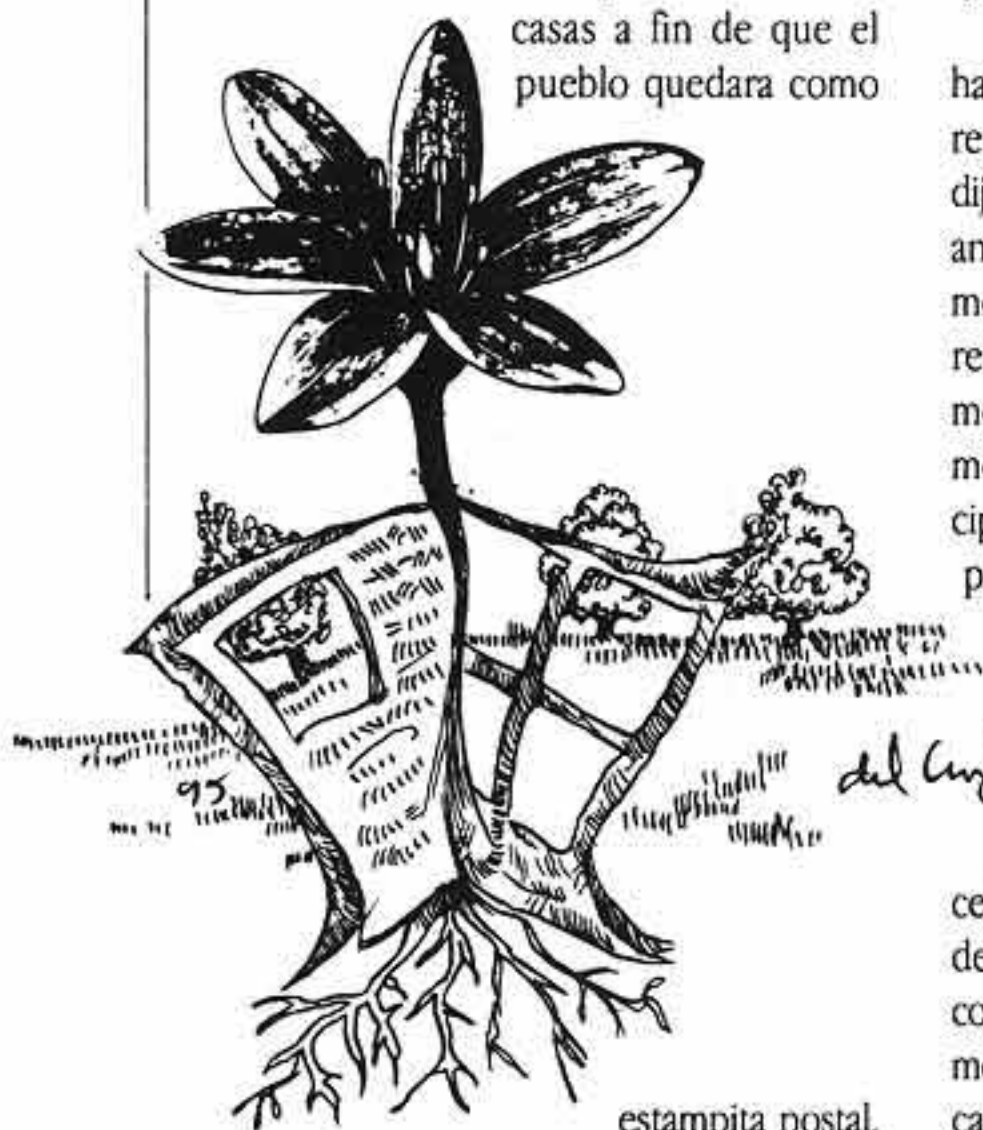
► 17

que el candidato visitara el pueblo. Según le dijeron en el municipio, el candidato quería visitar un lugar con las características de El Pozo: pequeño, pobre y aislado, para hacer desde ahí un pronunciamiento a la nación sobre los retos de la electrificación en el país y su propuesta de apoyo a las comuni-

dades más necesitadas. Por todo esto, le advirtieron al comisario, era necesario hacer algunos arreglos en el pueblo.

En primer lugar tendrían que tapizar las calles de El Pozo con propaganda del PRI y su candidato presidencial. Eso era fácil y ya casi estaba resuelto: el joven Adán prestaría su camioneta para ir a la cabecera municipal y recoger la propaganda, más tarde todos deberían ayudar para su colocación. La siguiente condición estaba más complicada pero era asunto de hacer cuentas para poder resolverla. Se trataba de pintar de blanco todo el pueblo, también deberían empedrar la calle principal, terminar de construir el campanario de la iglesia, arreglar los tejados donde los hubiera, y donde no, tendrían que hacer un es-

fuerzo para disfrazar las casas a fin de que el pueblo quedara como



estampita postal.

Además de su colaboración manual, cada pozeño debería cooperar con cincuenta pesos para las mejorías en el pueblo. Todo esto debería estar listo en menos de treinta días.

El comisario siguió con la lista de las necesidades más apremiantes. Se encargaría al único carpintero del pueblo la construcción de un templete de

diez metros, para que el candidato, el presidente municipal y alguien nativo de El Pozo pronunciaran los discursos. Con los fondos que se tenían para las fiestas del santo patrono de la población se alquilarían sillas, un sonido, una orquesta, una planta generadora de luz, y se mandaría a preparar un banquete digno de la ocasión. Entusiasmado por la noticia, Pascual propuso que se le pagara a un cuetero para ofrecerle al candidato juegos pirotécnicos multicolores. Aceptado.

Se hizo de noche y la gente seguía atenta en los preparativos de la visita del señor Doctor. Entonces una pregunta surgida de entre la multitud sacudió el ánimo de todos y los hizo reflexionar: ¿Y tanto gasto que vamos a tener de qué nos va a servir?

Esa vez tomó la palabra el cura, que había estado muy callado durante la reunión. "Los beneficios son muchos, dijo, piensen ustedes que ese señor que anda en busca de votos, será el próximo presidente del país. Si nosotros lo recibimos como se merece, él seguramente nos ayudará. Ahora lo que tenemos que hacer es una lista de las principales necesidades de la población para que se la entreguemos el día que nos visite".

Se formaron entonces dos comisiones para organizar los pedidos. En la primera estaban el comisario, la maestra y don Marcelo; se ocuparían de los pedidos grandes, los más importantes. De la otra comisión se encargaría el cura, él mismo debería registrar las peticiones que cada quien haría en lo personal.

El domingo temprano comenzaron sus trabajos los tres de la comisión principal. En la casa del comisario se elaboró una lista cargada de peticiones: luz para el pueblo, teléfono —que más tarde borrarían, aceptando que no había nadie con quien hablar en otros lados—, crédito para sembrar frijol, una secundaria con todo y maestros y can-



cha de fútbol, muebles nuevos para la primaria, una biblioteca y, finalmente, la que causó mayor entusiasmo, apoyo para construir una gasolinera en el cruce de la carretera y el pequeño camino de tierra que conducía hasta El Pozo. Si el pueblo nació de una aspiración petrolera jamás cumplida, pensaron, por lo menos ahora se harían ricos vendiendo gasolina.

Todo listo, la tarde de ese mismo día se convocó a todo mundo para darle las buenas nuevas. Al final de la reunión, y ya en plena algarabía, el comisario sacó de su casa una mesa y una silla para que desde ese momento el cura apuntara en una lista las peticiones de todos. Se formó una larga hilera que serpen-

teaba cincuenta metros hasta alcanzar las puertas de la escuela.

"Nombre, edad, deseo", le decía el cura a cada uno de los pozeños que se le iban poniendo enfrente: "yo quiero un marrano y un burro"; "a mí que me traigan una televisión"; "nosotros queremos un tractor —dijo don Aníbal Paz a nombre de toda su familia y de sus tres hermanos—"; "yo me conformo con un tocadiscos —dijo una muchacha de quince años—". Había una anciana sorda que se formó sin haber entendido un gramo de lo que pasaba, por eso cuando llegó con el cura se puso a gritar sus pecados pensando que aquello era una confesión colectiva y pública. Hasta Don Marcelo ya se estaba ani-

mando a pedir algo, pero finalmente se contuvo: jamás le daría a su enemigo el cura el gusto de verlo en calidad de pedinche, mucho menos ahora que el dadivoso sacerdote despachaba a todos los pedigüños dándoles su bendición y pronunciando la frase: "así será si Dios quiere".

Vinieron semanas de intensos trabajos. Cada día se agregaba algo nuevo a los preparativos de la visita. La maestra, por ejemplo, hizo que sus niños se aprendieran una poesía coral que ella misma había escrito, inspirada en la foto del candidato que ya estaba colgada por todas partes del pueblo. Compuso también una canción auxiliada por el cura, que algo de música aprendió en el seminario. Era una pieza sencilla de versos rimados y con ritmo de marcha, hablaba de la fundación de El Pozo y de su futuro glorioso al servicio de la patria. Un día de misa el cura ensayó por primera vez la canción con los jóvenes del pueblo: "entonamos con júbilo ardiente/ saturados de gozo y virtud/ la bella historia de El Pozo/ cantada por su juventud..."

Doña Catalina, la mujer del comisario, convenció a su marido para que destinaran una parte de los fondos del



pueblo en la compra de ropa más decente para ella y los principales organizadores de la recepción. Propuso además vestir a todos los niños del pueblo de inditos y chinas poblanas, para que regalaran al candidato un gran ramo de flores y una paloma blanca.

IV

Faltando diez días para la visita del candidato, las cosas se complicaron. El dinero se había terminado cuando apenas llevaban empedrados veinte metros de la calle principal, y aún no se comenzaban las obras del campanario; además la camioneta de Adán se había descompuesto de tanto cargar el material de las obras y los botes de pintura, la orquesta canceló su contrato, y el carpintero no encontraba suficiente madera para terminar la tarima.

Lleno de angustia, el comisario se fue en bicicleta a la cabecera municipal para pedir instrucciones y, de ser posible, ayuda. No la consiguió, en la alcaldía le dijeron que ahora estaban más vigilados que antes y que la ley prohibía dar dinero para actividades de proselitismo electoral, además ellos mismos ya habían gastado demasiado. Acudió entonces a las puertas de un prestamista usurero, a quien expuso su apuración. Tras reiteradas súplicas y promesas pudo conseguir una buena cantidad.

El candidato quería visitar un lugar pequeño, pobre y aislado para hacer un pronunciamiento a la nación

Por su parte, don Marcelo se preparaba para ofrecer un ciclo de conferencias en la casa comisarial. A lo largo de tres charlas vespertinas expondría a los pozeños las tesis de Andrés Molina Enríquez sobre "Los Grandes Problemas Nacionales", esto con el propósito de que todos estuvieran preparados ante una eventual conversación con el señor candidato.

Se contrató una nueva banda musical, se terminó el empedrado, se mandó arreglar la camioneta de Adán y se le pagó de una vez al cuetero, incluso alcanzó para comprar una máquina de escribir con la que la maestra pasó en limpio las peticiones del pueblo. Finalmente recibieron a varias autoridades del estado que supervisaron los detalles de la organización y dieron su visto bueno. Todo listo faltando cinco días para el gran evento que tendría lugar la tarde del último viernes de mayo.

Todavía el jueves, a pesar del nerviosismo, se dieron tiempo para realizar un ensayo general. Todos estaban avisados para ocupar sus lugares al llamado de cinco campanazos de la iglesia restaurada. Casi a oscuras, porque la planta de luz llegaría hasta el día siguiente, comenzó la función: primero la poesía coral dirigida por la maestra, después el himno del pueblo entonado por el coro de los muchachos de la iglesia y acompañados por el cura en la guitarra, porras al candidato, vivas a su partido, aplausos y silbidos, todos compartiendo el entusiasmo, entonces subió el comisario a la tarima para pasar lista a las principales peticiones que le harían al candidato.

Lo escucharon serenos y con cierta actitud de orgullo, imaginando en silencio los días venideros. Algunos pensaban en las cámaras de televisión recorriendo el pueblo y entrevistando gente, otros se imaginaban saludando al candidato y conversando con él, los más jóvenes ya se veían con uniformes nuevos y jugando fútbol en lo que sería la nueva cancha de pasto. Tocó el turno a don Marcelo, que naturalmente fue elegido para dar el discurso principal.

Ayudado por dos señoritas subió a la tarima, se acomodó los lentes y sacó de la bolsa un fajo de hojas escritas a mano. Comenzó su intervención: habló de la

historia de El Pozo y sus fundadores; más adelante hizo una revisión histórica desde la llegada de los aztecas a su tierra prometida, hasta los días jubilosos de la expropiación petrolera; se detuvo con especial atención a narrar la gesta heroica de los liberales de la Reforma y para ese momento llevaba al habla 42 minutos, contando las veces que se detuvo por haber perdido, en aquella oscuridad, la línea del manuscrito.

Se hizo de noche, poco a poco la gente se fue retirando un poco avergonzada. Al final de su discurso, nadie quedaba en la pequeña plaza del pueblo, sólo la maestra que le aplaudió a rabiar mientras los mocos y las lágrimas se le escurrían de la emoción. Había pasado una hora con siete minutos y 18 segundos entre el inicio de su intervención y el final, que culminó con dos palabras: "he dicho".



La maestra y el anciano recorrieron juntos y en silencio las calles adornadas. Ella pensando que al día siguiente se haría un peinado especial,

y don Marcelo, que debería reducir un poco su discurso.

V

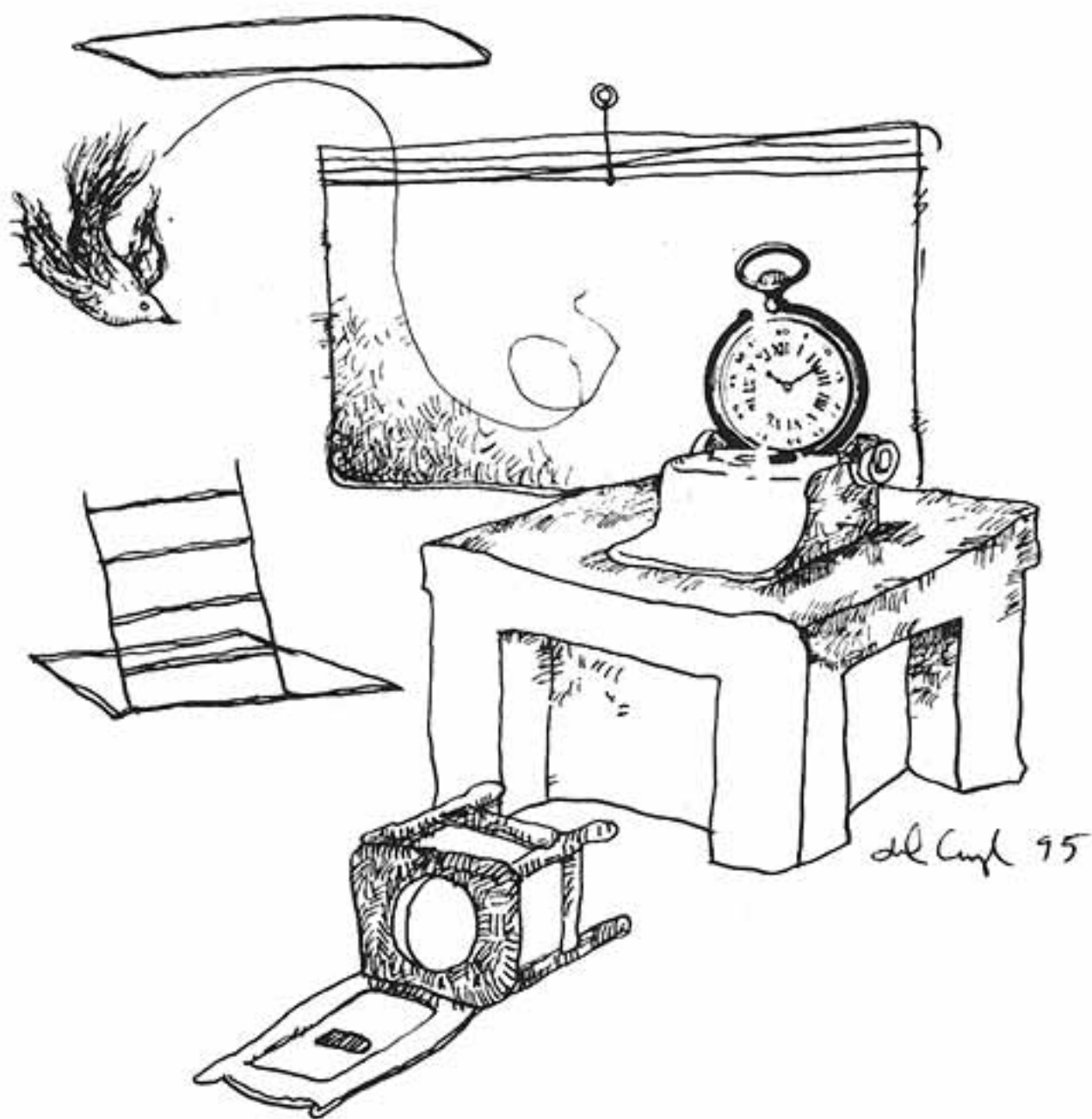
Por fin ha llegado el gran día. Desde muy temprano todos en el pueblo preparan hasta el último detalle. Al filo del mediodía se encuentran reunidos en la casa del comisario los principales del pueblo. El señor Gonzalo les comenta su preocupación porque aún no han llegado las autoridades del municipio ni los priístas de la avanzada del candidato que deberían auxiliarlos en los preparativos finales. "Es asunto de esperar, dice el cura, ya verá cómo no tardan".

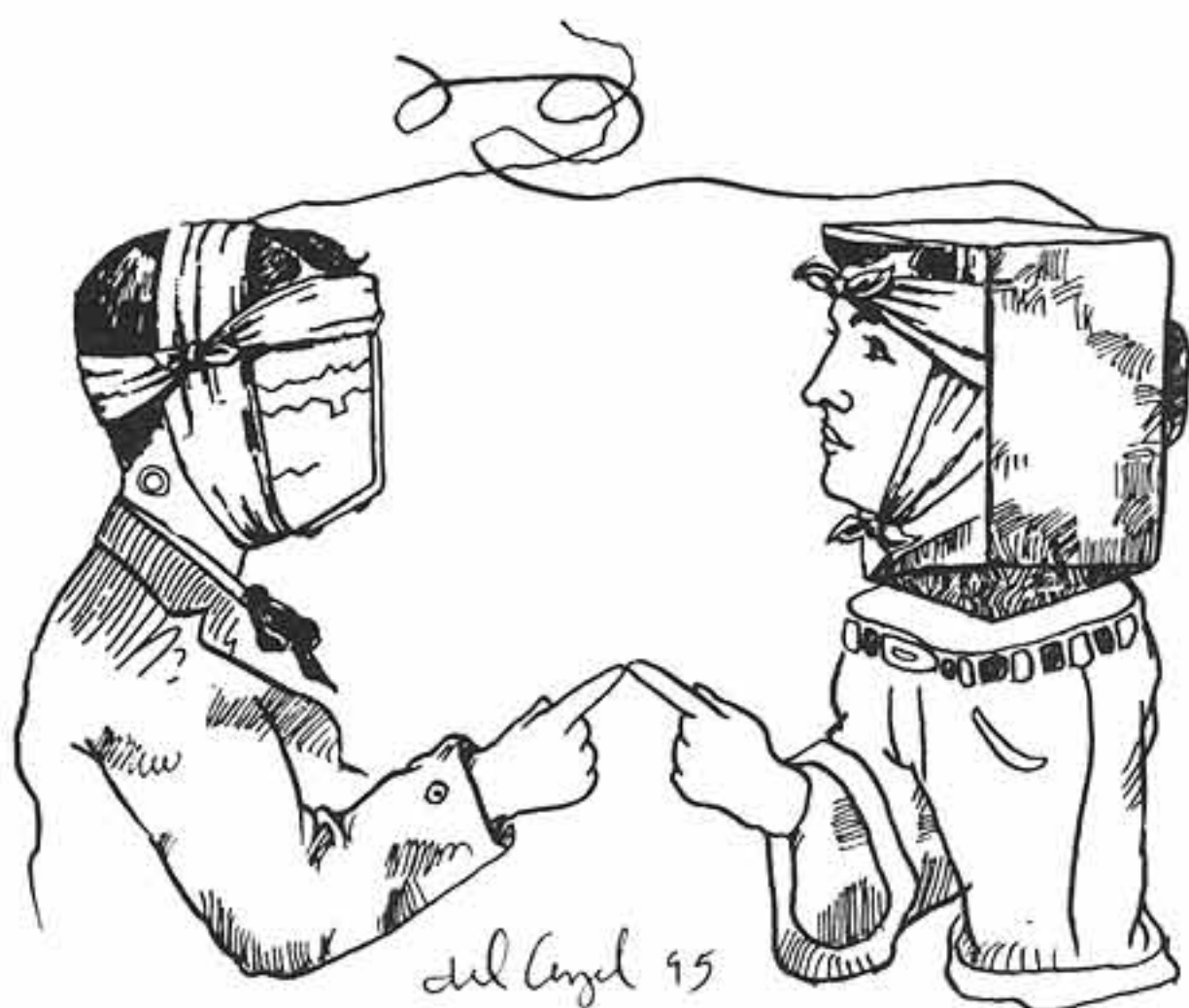
Pero dan las cuatro y nadie que no sea pozeño merodea por el lugar. Ya todos ocupan su sitio, la planta de luz trabajando; la tropa de inditos y chinas poblanas acuartelada en la escuela, preparando una danza regional

que a última hora se le ocurrió a la señora Catalina; las sillas acomodadas; el cuetero con el cerillo en la mano, listo para encender la mecha; los músicos de la banda afinan las trompetas y el trombón, uno de ellos tamborilea sus dedos con impaciencia sobre la panza de la tarola, en medio de un calor que deshidrata.

En eso aparece una camioneta recorriendo a toda prisa la calle recién empedrada, algunos creen que es el candidato, otros auguran malas noticias. El comisario y su gente se apresuran para recibir a los visitantes; la banda de músicos, presa de la confusión y el alboroto, se arranca con la Marcha de Zacatecas.

De la camioneta bajan dos hombres de chamarras de cuero y teléfono celular en la mano. Son los achichincles del presidente municipal y del candidato a senador por el estado. La banda interrumpe la pieza y entonces





se puede escuchar lo que estos hombres le dicen a don Gonzalo:

“Nos van a disculpar, pero resulta que cambiaron los planes, el doctor tuvo una emergencia y sale ahorita mismo para el aeropuerto, su discurso sobre la electrificación lo tuvo que adelantar en el pueblo de Las Cruces. Dentro de media hora el doctor va a pasar por aquí con su comitiva, pero lamentablemente no va a poder entrar al pueblo, de manera que les recomendamos que se apuren todos para salir a la carretera y por lo menos puedan saludarlo cuando cruce por aquí. En la parte de atrás de nuestra camioneta caben algunos, usted dirá don Gonzalo, ¿Quiénes quiere que se vengan con nosotros?”

Como el buen organizador que es, don Gonzalo se repone de inmediato de la impresión y prepara el éxodo masivo rumbo a la carretera. En treinta minutos, piensa, da tiempo para que los carros den dos vueltas, ordena a gritos que la banda y el cuetero con algunas de sus piezas se trepen a la camioneta de los achichincles. Adán, que se puso pálido de la impresión, recibe órdenes para que en el primer viaje se lleve a los

chamacos y en el segundo recoja al comisario, al cura, a la maestra y todos los demás que quepan. Pero entonces se dan cuenta que ya no es necesario dar más vueltas: todo el pueblo en estampida ha salido corriendo, o en bicicletas, o a caballo, con rumbo a la carretera.

En el camino van quedando regadas las flores, los zapatos recién boleados, las pancartas de apoyo al candidato. Minutos después se puede ver a la turba que se desplaza en desorden y levantando una tolvenera en su afán por alcanzar al futuro presidente.

Don Marcelo, que no se ha enterado de nada por estar encerrado afinando y reduciendo su discurso, oye que tocan a su puerta y sale a abrir pensando que el gran momento ha llegado. Con la cara estirada de los que tienen que anunciar una desgracia, Sebastián, el portero del equipo de futbol, avisa al anciano de lo sucedido y de inmediato lo sienta en el trasero de su bicicleta para salir disparados rumbo a la carretera. “¡Espera Sebastián! ¡Que dejé mis lentes sobre la mesa y así no podré decir el discurso! “¡Ya no hay tiempo don Marcelo —le dice Sebastián mientras pedalea de manera compulsiva—,

se nos va a ir el candidato!" El viejo se aferra a la cintura del muchacho, y se reconforta pensando que algo emotivo podrá improvisar para el discurso.

Sebastián va esquivando como puede las piedras que se le cruzan en el camino, pero eso no evita que don Marcelo se queje a cada tropicón que da la bicicleta. Finalmente, al ir bajando la última loma, se puede ver a lo lejos el filón negro de la carretera. Al parecer el candidato no ha pasado. En la espera ya todos han tomado su lugar, los niños y los músicos hasta adelante, el cuetero a prudente distancia, los pozeños esparcidos a ambos lados del camino y el comisario en el centro del tumulto con la hoja de las peticiones en la mano.

Sebastián gime de angustia cuando advierte que ya se asoma a la distancia la caravana de autos donde seguramente viaja el candidato; redobla el pedaleo, pero se da cuenta que no llegará a tiempo. Entonces frena su bicicleta, bajando a pie él solo, y se dispone a ver la escena junto con don Marcelo, que aún no logra entender qué está pasando.

Abajo ya todos están en pleno alboroto. Cincuenta metros antes de que cruce el primer auto, la maestra da la señal indicada para que los niños reciten a coro la poesía aprendida;

las pocas flores y pancartas que llegaron a la carretera se agitan en el aire; con forma festiva el cuetero prende dos misiles escupidores, uno saca mucho ruido y finalmente explota en las alturas, el otro se ceba sin haberse despegado del piso; la banda toca a todo pulmón unas fanfarrias.

Porras, gritos, aplausos, pero ninguno de los autos se detiene. Un autobús que viaja en medio de la caravana

desacelera el paso y entonces se puede ver que por una de las ventanillas se asoma la mano saludadora del candidato. El comisario avanza unos metros hacia el camión, pero éste no detiene su marcha y en unos cuantos segundos se aleja implacable del improvisado mitin carretero. De la caravana sólo queda la nube de polvo que levantó su paso: "polvo tricolor", escribió esa misma noche el anciano poeta del pueblo. Minutos después todo es silencio, consternación pura, nadie se mira a los ojos. Sin decir palabra, apenados, todos regresan como pueden. "Ya será otra vez", le dice el cura a la maestra que llora desconsolada y con el peinado especial hecho una ruina, "ya será otra vez".

De regreso al pueblo la gente busca las cajas de licor antes de aceptar algo de comer. Finalmente aprovecha la luz alquilada, la banda de música y los cuetes. Casi en silencio, completamente borrachos, hombres y mujeres continúan la fiesta hasta el amanecer.

VI

Una semana después, retirada la propaganda, el pueblo ha regresado a su vida normal. El Pozo ha vuelto a ser El Pozo a no ser por un detalle: frente a la casa del comisario la gente se encuentra formada y todos llevan algo distinto en las manos. Se trata de una recolecta para pagar la deuda contraída con el usurero.

Hasta la casa de don Gonzalo han llegado todos los pozeños que pueden ofrecer algo: un cochino, ropa vieja, algún dinero guardado. El cura ofreció un copón de plata que nunca había utilizado, don Marcelo sólo pudo donar una vieja cafetera que no usa desde que enviudó. No importa, a decir del comisario pronto reunirán el completo para saldar la deuda y asunto olvidado ☉



Invocación

Ana Martha
Escobedo

Facultad de Derecho

Ahí en el camposanto
no podíamos ser nosotros.

Tú con las manos congeladas, duras;
cortados los dedos
sangrando desde dentro
y yo,
con ese dolor que mama soledad:

Con golpes atestados por guerreros vulnerables
que se venden
que son ciegos
que pintan paredes
(Meados por el miedo).

Durmiendo los dos —abstrayendo sueños—.
El canto de los viejos.
El lamento de los niños.

Desde acá te saludamos, Señor.

Las moscas
se paran en mis heridas,
en las marcas
que fueron sembradas por las manos duras,
congeladas
de ése,
el más vulnerable de tus guerreros.



No volverán los trenes

Andrés Acosta

Facultad de Derecho

El florecimiento del concreto y la varilla



Los pasantes de arquitectura dieron el toque definitivo a la maqueta y tiempo después las paredes de cartón comenzaron a crecer, se tornaron macizas; el pasto artificial cobró vida y el fraccionamiento fue habitado por personas de carne y miedo, por individuos de músculo y dolor que estaban dispuestos a trabajar con ímpetu para pagar la propiedad. Las casas quedaron alineadas de manera parecida a las rocas de Stonehenge. Una mura-

lla circular impedía el paso a los automóviles de fuera: poco ruido, menor contaminación atmosférica, sin riesgo de accidentes. Frente a cada tres casas, un parque con juegos infantiles mecánicos; para la comunidad, un cine, club deportivo, auditorio al aire libre, escuelas y hospital. La idea era construir un fraccionamiento modelo, un pequeño pueblo dentro de la ciudad.

Los viejos patios de los ferrocarriles fueron destruidos con marros y picos y cedieron su lugar al estridente florecimiento del concreto y la varilla. Durante la acelerada construcción murieron dos o tres albañiles (¿en qué obra que se respete no hay muertos de por medio?). Dicen que el cuerpo de uno de ellos todavía está desmembrado dentro de las columnas de una casa; que se cayó mientras hacían el colado de varias toneladas de cemento y no quisieron desperdiciar la remesa buscando al albañil. Por eso se ven cruces de madera y de paja en las construcciones y por eso también los trabajadores se emborrachan después de cada faena. Los albañiles que participaron en esta edificación no fueron distintos a los demás; vivieron durante algún tiempo en el fraccionamiento en casetas improvisadas y en la obra negra; se bañaban con mangueras y guisaban en latas de atún y de sardinas como gambusinos; las fogatas eran sus cálidas compañeras en las noches frías; vida de trashumantes, de gitanos sin tierra que esperan la próxi-

ma construcción para trasladar sus pocas pertenencias a otros edificios, a otras casas que no podrán habitar una vez que estén terminadas.

¿Existe alguien que pueda decir que habitará para siempre una morada?

Un ladrillo,
dos ladrillos,
tres ladrillos.
Hombrescarretilla,
Levantaparedes,
Hombresmezcla,
Cantacanciones,
Hombresandamio,
Hombresyeso.

Un ladrillo es un ladrillo
hasta que es parte de un muro.

Ahuyentaperros,
Manchacamisetas,
Gastazapatos.

Un muro es un muro
hasta que forma parte del mundo.

ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo
sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre la-
drillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo so-
bre ladrillo sobre ladrillo sobre ladrillo sobre la





Molestamuchachas,
Arrojapiedras,
Beberrefrescos
Chupapulques.

Aladríllate, maestro:
gente de ladrillo.

Tragachiles,
Deglutetortillas,
Matapiojos,
Pelotiezos.

Ladrillo está en la cárcel
el barrio lo extraña.

Un ladrillo,
dos ladrillos,
tres ladrillos.

El silbato de una locomotora

Pocas personas tienen memoria de la fisonomía anterior de este sitio y pocos recordarán la que ahora tiene. Los intentos por crear una obra permanente son siempre inútiles. Hombres van y hombres vienen; antes que los albañiles, vivieron aquí los ferrocarrileros en sus furgones desmantelados por dentro y sin ruedas. La mayoría de ellos ya están bajo tierra; los que sobreviven son ahora jubilados o tienen pensiones por diversas incapacidades. Algunos habitan el fraccionamiento: son una raza de hombres recios y taciturnos, siempre con la mirada de quien permanece alerta, de quien vigila el camino y las máquinas. Los viejos ferrocarrileros todavía duermen 24 horas para estar dos días despiertos, todavía usan gorra, paliacate y una mochila de cuero para alejarse de su casa durante la jornada. Solo que en la actualidad los

viajes que efectúan son hacia la nostalgia de los caminos recorridos, de los campos; en sus mentes persiste el recuerdo del olor a la comida de las distintas estaciones, del tizne del carbón, de los pasajeros consuetudinarios y aquellos otros que nunca se vuelven a ver. Los ferrocarrileros sobrevivientes se preparan para el último viaje: el más oscuro y definitivo. Se extingue así un grupo de hombres que fueron expulsados de su terreno, de los campamentos y viviendas improvisadas que habitaron tantos años. En la oscuridad los tiempos se confunden: por las noches aún se escucha el silbato de una locomotora, circulan los fantasmas de los trenes que vienen a dormir su descanso en lo que alguna vez fueron sus patios.

También anda por aquí el fantasma de un hombre que hace tiempo llegó escondido en un vagón y extravió un zapato entre las vías. Mucho antes que los ferrocarrileros, estuvieron los primeros pobladores de estas tierras, antes de la llegada de los españoles, y de ellos no quedan más que vestigios de barro destruidos por las cimentaciones. Ahora nosotros también tenemos nuestro turno, tenemos nuestro tiempo de habitar este mundo y de construir en él.

Los árboles que plantaron

Después de quince años de pagar mensualidades, somos los dueños de las casas que habitamos; después de quince años alcanzamos la mayoría de edad como residentes y obtenemos la independencia tan deseada. No me pregunten cómo pasaron, porque se fueron igual que las huellas de un poeta chino entre el polvo del mundo. Por el camino varios se quedaron sin nada; gente que no pudo cubrir las cuotas mensuales a tiempo y cuyo contrato fue rescindido por falta de pago. Algunas familias fueron desalojadas a media noche y bajo la vigilancia inamovible de los policías tuvieron que salir hacia otras direcciones.

Quince años pasaron y ahora tenemos más ropa secándose en la azoteas, hay más automóviles estacionados en la zona que se amplió ex profeso y se abrieron nuevos comercios. Paulatina-mente esta ingenua Shangri-La se ha convertido en una copia de la ciudad que la envuelve, con sus mismos vicios, con las mismas aglomeraciones y basureros clandestinos.

Algunos nos hicimos viejos aquí y nos quedamos solos. Otros se dedicaron a tener hijos y gozaron de los momentos familiares: con entusiasmo cambiaban pañales, daban mamilas, visitaban al pediatra y al ortopedista. También veían cómo sus hijos aumentaban de tamaño, al igual que los árboles plantados bajo el estímulo de una canción de moda en los años 70 y que ya casi nadie recuerda. Aquellos árboles crecieron con el tronco torcido, éstos sufrieron plagas y a otros los podaron demasiados jardineros espontáneos e inexpertos, como los padres que no supieron cómo actuar con sus hijos cuando tuvieron su comezón sexual o se enfermaron de viruela.

La construcción del templete

Hace poco surgió la necesidad de construir algo dentro de nuestro fraccionamiento. Nos aprestamos a crear una obra, concebida por... ¿por quién? Eso no importa; se le puede haber ocurrido a Julián, a Matilde o a doña Josefa, como ella misma asegura. El caso es que por primera vez todos creemos estar de acuerdo y eso es insólito. Digo que creemos estar de acuerdo porque sé que el tiempo nos demostrará lo contrario. Somos niños jugando con lodo; parece que no sabemos que el lodo se quiebra y se deshace al secarse y que los padres castigan las caras y las ropas manchadas.

Yo he tenido que cooperar, obligado por la mayoría. Cada quien ha aportado el material que tiene a la mano o que francamente le hacía bulto en su bodega o patio y ya quería deshacerse de él. Yo doné los clavos y las tablas que tenía regados en el taller desde que mandé construir mis muebles para trabajar. Es cierto que algunos clavos estaban oxidados y que las tablas eran de baja calidad, lo reconozco, sin embargo, el cemento que consiguió Julián estaba duro ya: al abrir los sacos, salían unos almohadones de piedra que no sirvieron más que para hacer bancas en el parque; eso sí fue una grosería. También presté herramienta que no me han devuelto hasta la fecha:

—No se preocupe don Arquímedes, para la próxima semana ya las tendrá de nuevo con usted, sanas y salvas.

VECINO:

Esta mañana un individuo que vestía un traje verde cenizo, acompañado por un par de sujetos, fue visto cuando colocaba varios sellos engomados en la puerta del templete. Al ser interrogado por la señora Josefa Hernández, quien tiene su domicilio en la casa No. 18 de este fraccionamiento, el hombre declaró ser inspector del Ayuntamiento, y que en cumplimiento de su deber clausuraba la construcción por carecer de un permiso expedido por la oficina correspondiente.

Con lujo de prepotencia y ademanes despóticos el individuo le advirtió a la señora Chepa que si no se pagaban una multa y la licencia de construcción en un plazo de 72 horas, el Ayuntamiento se vería en la necesidad de derrumbar el templete.

Antes de irse, el inspector preguntó a doña Josefa qué uso se pretende dar al templete. Ella contestó que no era asunto suyo porque, argumentó: "vivimos en un fraccionamiento privado y eso nos incumbe sólo a los miembros de esta comunidad". A lo que el funcionario respondió riéndose como loco.

Por lo anterior, te citamos a la junta que con carácter de URGENTE se efectuará el día de hoy a las 7: 30 de la noche a la entrada del templete.

Gracias por tu atención.

La tarde de un líder

Julián Galindo termina de escribir a máquina. Se limpia el sudor de la frente y pasea por la sala de su casa con el papel en la mano: su pequeña gran obra. Los dedos le tiemblan. Seguramente cuando las personas lean el aviso, arderán en indignación y acudirán a la junta presurosas:

—¿Qué podemos hacer? —preguntan los vecinos con sus rostros angustiados—, díganos señor Julián, usted que tiene experiencia en estos asuntos. Ayúdenos.

Julián, condescendiente, levanta el brazo y con un leve trinado de sus dedos hace que todos callen. Les explica con detalle cuáles son sus derechos y el plan de ataque a seguir. Como él goza todavía de ciertas relaciones en algunos sectores del gobierno, no habrá problema; no puede ser que ya se hayan olvidado de él.

El temor de los vecinos se disipa. Ellos se entusiasman y pretenden cargarlo en hombros. Él dice que no es para tanto, que ahorren sus fuerzas para seguir el plan, pero ya lo están cargando. Le dan una vuelta alrededor del templete como si fuera un torero. Dos vueltas. Un desfile.

Julián camina por su habitación, agradece mostrando el dorso de las manos. Sonríe como reina de la primavera y de pronto una resequedad en la garganta lo hace toser. Los ojos se le irritan y tiene que usar el pañuelo.

—Mecachis. No debo enfermarme ahora que tengo frente a mí esta responsabilidad.

Vuelve a toser una y otra vez. Su rostro está descompuesto. El papel del aviso está tan rociado de saliva que casi se puede ver a través de él.

El Abandonado

Lees ese aviso: un llamado de esa índole no se presenta todos los días. Lo relees. Dejas distraídamente en la mesa la cuchara con la que desayunas tu yogurth y vuelves a leer. Se solicita a los vecinos asistir a una extraña junta, hoy, en la noche, afuera del templete. Algo te indica que ese aviso está dirigido especialmente a ti. Pensarás que es otra trampa de Esther.

Nada más faltaba que apareciera tu nombre con letras altas: se solicita a LEOPOLDO, ALIAS EL ABANDONADO, que se presente hoy.

Vivirás las siguientes horas igual a las de los otros días: llevar a los niños corriendo a la escuela, luego ir al trabajo para cumplir con la jornada en la oficina. No notarás la diferencia hasta que por la tarde encuentres de nuevo el aviso en la puerta de tu casa. Arrancarás el papel amarillento con violencia y la sensación de que ya has vivido esa escena te producirá náuseas.



Le mentirás a tus hijos diciéndoles que vas a comprar cigarrillos o chicles. La perilla de la puerta de tu casa es como una mano pegajosa, dudas al tomarla. Con paso lento, desconfiado, avanzarás en dirección al templete. A lo lejos habrá una mujer.

—Esther... —llamarás en voz baja.

¿Se trata de Esther? Podría ser ella, pero con treinta años más. Verás la cara de una anciana muy parecida a doña Josefa en lugar de la de ella.

Será mejor alejarse, correr bajo la noche a refugiarse en casa. Algún día ella regresará tal y como la conociste, no como una bruja. Algún día la traeré de nuevo, pensarás.

Como el mar de una película

La silueta de una mujer se destaca entre los rayos oblicuos de un sol pardo y débil que se hunde ya entre las casas; cae así el telón de un día más, otra tajada del tiempo: mito y desplazamiento sempiterno. Esta mujer tiene la frente angulosa y firme como un peñasco, los ojos azules, pero de un tono deslavado, antiguo, como el mar de una película que ha perdido la nitidez de sus colores. Si en cierta ocasión algún demente pretendiera formar un ramo de ojos azules, los suyos serían los primeros que requeriría.

La mujer mantiene sus magras manos en la cintura, mira hacia distintas direcciones sin que su vista se encuentre con ningún ser humano. Parece que nadie vendrá, ni siquiera Julián, masculla con su lengua reseca y rencorosa como un prisionero entre los dientes-barrote.

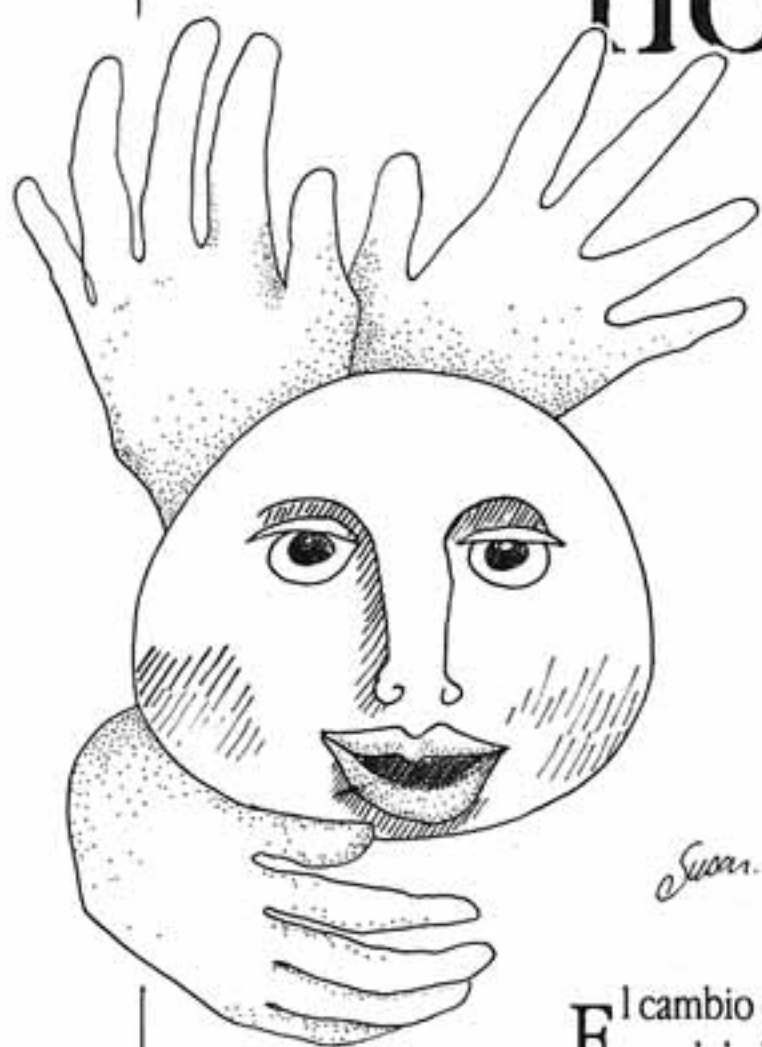
A lo lejos un sujeto vacilante se acerca, no mucho, lo suficiente apenas para mirar el rostro de la mujer de ojos azules. La contempla por unos segundos y sus piernas se ponen en movimiento de regreso.

Una heroína

Un día la señora Josefa se levanta de su cama con una idea fija: lograr que el templete sea abierto de nuevo. Para conseguirlo debe ir primero a las viejas oficinas en donde tienen su guarida las autoridades. Doña Josefa toma un baño en la tina de su casa, aderezado con ciertas hierbas que ella conoce, para relajarse y poseer templanza de espíritu. Viste sus ropas más elegantes, se hace un chongo correctamente apretado y se lleva además un paraguas con la punta afilada, por si acaso.

Al llegar al edificio llamado por los lugareños como el Ayuntamiento, Josefa divisa los posibles puntos de acceso al horrible inmueble. No bien ha dado los primeros pasos hacia su destino, cuando advierte que un coyote de aspecto fiero corre a su encuentro. Hábilmente nuestra heroína lo ataja con el poder de su paraguas y lo mantiene a distancia suficiente para poder avanzar.

Cuando el calor nos alcance



Alejandro Aguilar Sierra

Centro de Ciencias de la Atmósfera

peratura típica de la Tierra rara vez ha variado en más de uno ó dos grados en diez mil años. Un calentamiento global de 2.5 grados excedería cualquier calentamiento ocurrido en el pasado histórico, tanto en magnitud como en rapidez. Por comparación, la temperatura típica durante la última glaciación (hace dieciocho mil años) era sólo 5 grados más baja que en el presente.

La principal fuente de energía del clima terrestre es la radiación solar, de la cual el planeta refleja una tercera parte, y el resto lo absorben los componentes del sistema climático (atmósfera, océano, casquetes polares, continente y biota). Este sistema a su vez emite energía térmica al espacio, manteniendo un balance energético que impide un calentamiento neto continuo.

Los gases que componen la atmósfera dejan pasar la mayor parte de la radiación solar a la superficie, pero absorben selectivamente gran parte de la radiación térmica terrestre. De este modo, la Tierra retiene más energía calorífica que si no tuviera atmósfera. Este comportamiento se conoce como "efecto invernadero", y es una de las teorías mejor establecidas de las ciencias de la atmósfera.

El vidrio de un invernadero tiene la propiedad de dejar pasar el calor "luminoso" (visible). Al calentarse, el inte-

El cambio climático global es un fenómeno que el hombre ha provocado desde principios de la era industrial. Se ha observado que la temperatura típica de la Tierra (el promedio anual de la temperatura del planeta entero) ha aumentado entre 0.3 y 0.6 grados centígrados en los últimos cien años. Y se calcula que de seguir esta tendencia, en otros cien

Una de las consecuencias del calentamiento global sería la inundación de islas y litorales

años habrá un aumento de entre 1.5 y 4.5 grados más. Parece poco, menos de lo que cambia la temperatura en un día de verano en la Ciudad de México. Pero hablando a gran escala, la tem-

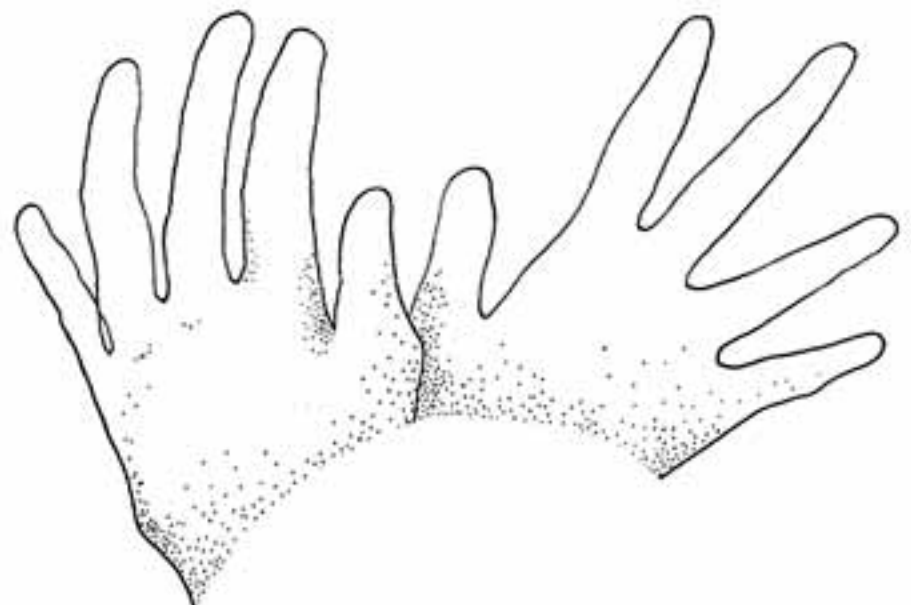


rior del invernadero (plantas, suelo y aire) emite calor "oscuro" (invisible), el cual no puede atravesar el vidrio. Así, el interior de un invernadero se mantiene más caliente que el exterior. En realidad, la cubierta de un invernadero retiene el aire caliente, impidiendo el escape de calor por convección; lo cual retiene de cuatro a cinco veces más energía que la absorción de radiación térmica del vidrio. Por lo tanto, el comportamiento de la atmósfera debería llamarse más apropiadamente "efecto atmósfera". Sin embargo, cuando se empezó a estudiar este efecto, a principios del siglo XIX, no se encontró mejor analogía que un invernadero.

La atmósfera se compone en un noventa y nueve por ciento de nitrógeno y oxígeno, los cuales son transparentes a la radiación térmica. Del uno por ciento restante, una mínima parte se compone de gases absorbedores termoactivos, a los que llamaremos "gases de efecto invernadero" (GEI), de los cuales el vapor de agua y el bióxido de carbono son los más importantes. Otros GEI son los llamados "gases traza", como

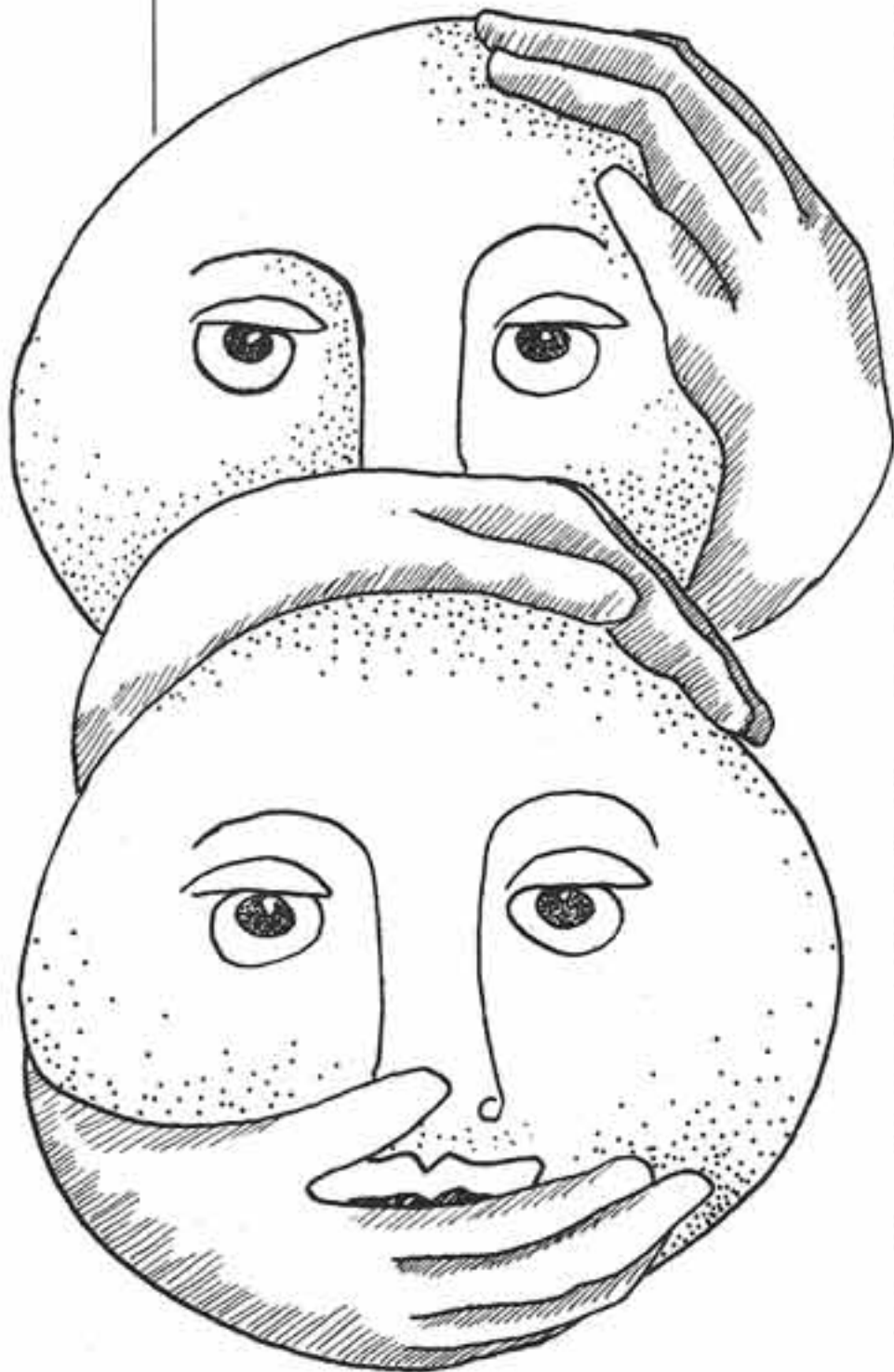
el metano, el óxido nítrico, los cloro-fluorocarbonos y el ozono, los cuales están presentes en la atmósfera en cantidades ínfimas.

La temperatura típica de la superficie terrestre es unos treinta y tres grados centígrados más alta de lo que sería en ausencia del efecto invernadero atmosférico. Además, la temperatura descendería significativamente en la noche. En otras palabras, sin el efecto invernadero la vida tal como la conocemos sería imposible en nuestro planeta. Además, se ha comprobado que el final de la era glacial más reciente coincidió con un aumento en el contenido de GEI, por cierto menos intenso que el actual.



La humanidad acrecenta la concentración de GEI en dos formas: incrementando la intensidad de sus fuentes (productoras de estos gases) y reduciendo la capacidad de sus sumideros (consumidores de los mismos). Desde

La intensificación de las sequías produciría una cascada de efectos catastróficos



Suzana,

la Revolución Industrial, el uso de combustibles fósiles y la deforestación han provocado un aumento del veintiséis por ciento en la concentración de bióxido de carbono en la atmósfera. Esta es la causa, se piensa, del aumento de

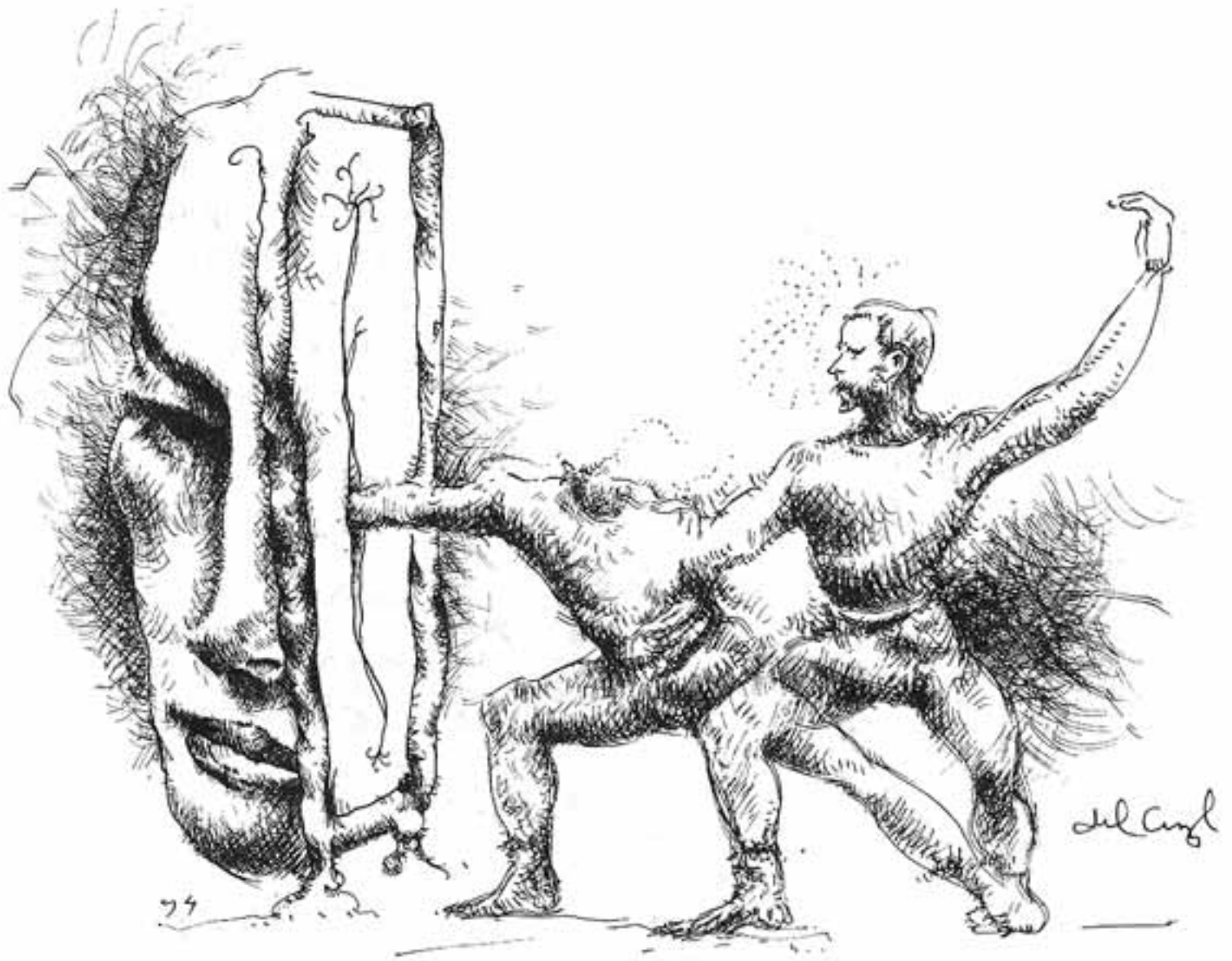
la temperatura típica en los últimos cien años.

El bióxido de carbono se disipa muy lentamente en la atmósfera, de modo que una reducción en la cantidad de emisiones tardaría décadas o siglos en revertir el efecto. Suponiendo que en 1990 se hubieran detenido las emisiones humanas de este gas, la mitad del incremento provocado por la industria persistiría hasta el año 2100.

Una de las consecuencias del calentamiento global sería la disminución de las capas de hielo de los polos, lo que, junto con la expansión térmica del océano, causaría un aumento en el nivel del mar, provocando la inundación de islas y litorales. La reducción de los casquetes polares (principales reflectores de la radiación solar) y una mayor evaporación del agua, provocarían a su vez aún más calentamiento. La intensificación de las sequías y el declive de las cosechas agrícolas producirían tal cascada de efectos, que podría ser catastrófico para la sociedad y para la vida del planeta, de seguir aumentando las emisiones humanas de GEI.

Si bien los países ricos son los principales emisores de GEI, los países pobres, menos protegidos, serían los más vulnerables a los cambios. Por lo pronto, es muy importante entender mejor el problema, realizando estudios sobre las causas y efectos del cambio climático, así como sobre las medidas de respuesta.

Los procesos que constituyen el clima son demasiado complejos como para reproducirlos en laboratorio. Afortunadamente, dichos procesos son gobernados por principios físicos ya conocidos y descritos con ecuaciones matemáticas. Los modelos climáticos se basan en dichos principios y son las herramientas más modernas con las que se estudia el clima en la actualidad. Pueden ser de gran ayuda para la comprensión del cambio climático global ☉



Los viejos

Ana Franco

Facultad de Filosofía
y Letras

Los viejos
cuando niños
vieron los árboles levantarse verdes,
los campos, los animales,
vieron al sol brillando entre las nubes blancas
que no ardían.

►37

Los viejos
cuando jóvenes
se maravillaron creyendo que el radio
guardaba a las personas que hablaban.
Vieron al tren rompiendo las montañas,

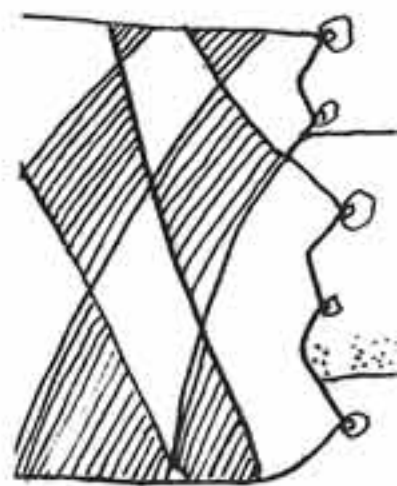
luego,
cuando hombres
por la televisión miraron a la luna
los colores y las flores crecidas y brillantes.

Y ahora
frente a los edificios
no saben si exaltarse
o morir.



Kid Cavazos ganó su primera pelea cuando yo era soltero, delgado y pobre. Ocho años después, ahora que ha caído, tengo dos hijos, una panza enorme y sigo igual de pobre. Pero esas glorias aún no las olvido. Ciertamente era un boxeador lento, no muy elegante, no muy fino. Como esas erecciones que llegan ya muy tarde, cuando mi esposa

La Virgen del Volkswagen



Jorge Harmodio Juárez

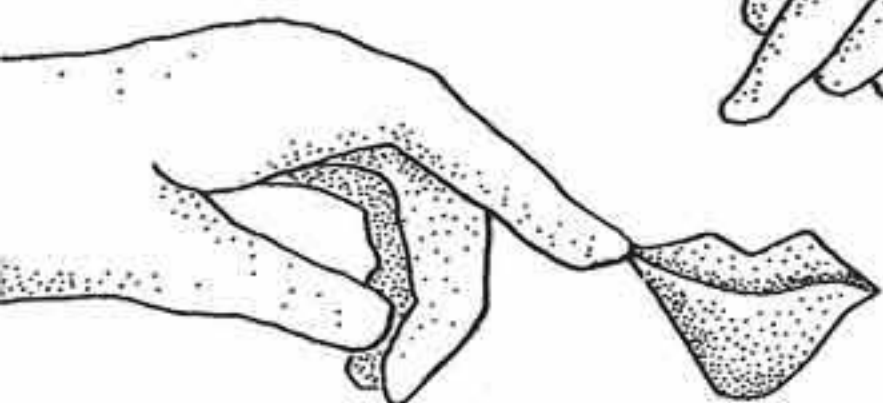
Facultad de Filosofía y Letras



se ha dormido. Su corpachón de peso gallo un poco pasado se tragaba los golpes del contrario; seis, siete, a veces hasta ocho rounds aguantaba el Kid antes de encontrar El Ritmo: un extraño bai-lotear entre las piernas, juego de cintu-ra, tranquilo en un principio, resoplando, jalando aire, sacando de balance al con-trario. Jab por aquí, gancho por acá, entra, sale, huye, se planta y golpea. To-dos sabíamos entonces que no faltaba mucho para que el diablo se le metiera al Kid entre los puños y sus golpes re-ventaran como centellas sobre el cuerpo enemigo. Ráfagas intensas, convulsio-nes de dolor ajeno hacían del Kid un vendaval infame. No se detenía hasta levantar la victoria entre los brazos. Su mánager lo cargaba en hombros, el pú-blico se le entregaba, y yo entonces me sentía verdaderamente arriba.

El taller mecánico de mi padre era un universo aburrido y grasiento. Los carburadores ahogándose en un suspiro, indecentes mujeres de papel en las paredes y las transmisiones automáticas en promiscuo contacto con calabazos y bujías. Pero los sábados. Los sábados, ¡Dios mío!, eran los sábados de Kid Cavazos. El viejo televisor sobre la cajuela de una carcacha inservible desde hace varios años. Los mecánicos como hipnotizados por sus puños. Yo los acompañaba hasta el tercer round, esperaba que la tensión se

un salvaje volado de derecha se le incrustó en la quijada cimbrando las cuerdas y ya no me pude mover de mi asiento, un



poco por la angustia de nuestro ídolo y otro poco por esos dedos inciertos que Marcela —la repentina hija de Don Chuy, el eléctrico— posó suaves sobre mi muslo como buscando la niñez perdida.

acumulara en los rostros y entonces, confiando siempre en la lentitud de Kid Cavazos, entraba al baño, con una mano empuñaba el lavabo y con la izquierda mecía mi rostro de un lado a otro del espejo, lo apretaba, lo jaloneaba hasta el límite (gesticulaciones concentradas), la lengua iba y venía rítmica sobre los labios, la mano izquierda sostenía con aquella avidez primera mis espasmos y un chorro de alivio inundaba el taller cuando la campana del cuarto round salvaba al Kid de caer apabullado. Después regresaba rendido hacia su esquina, con un rostro satisfecho y a la vez tranquilo, tan parecido al mío cuando me sentaba de nuevo en la silla, abatido pero con cierta sensación de haber cumplido. Sin embargo a veces desconfiaba, imaginaba un nocaut fulminante, sus dientes mordiendo la lona, los mecánicos lamentándose, huyendo hacia el baño para desvelar de par en par mi juvenil lujuria. Pero no, Kid Cavazos nunca me falló. Muy por el contrario, en una de tantas funciones, cuando al tercer campanazo me disponía a celebrar mi ritual sabatino,

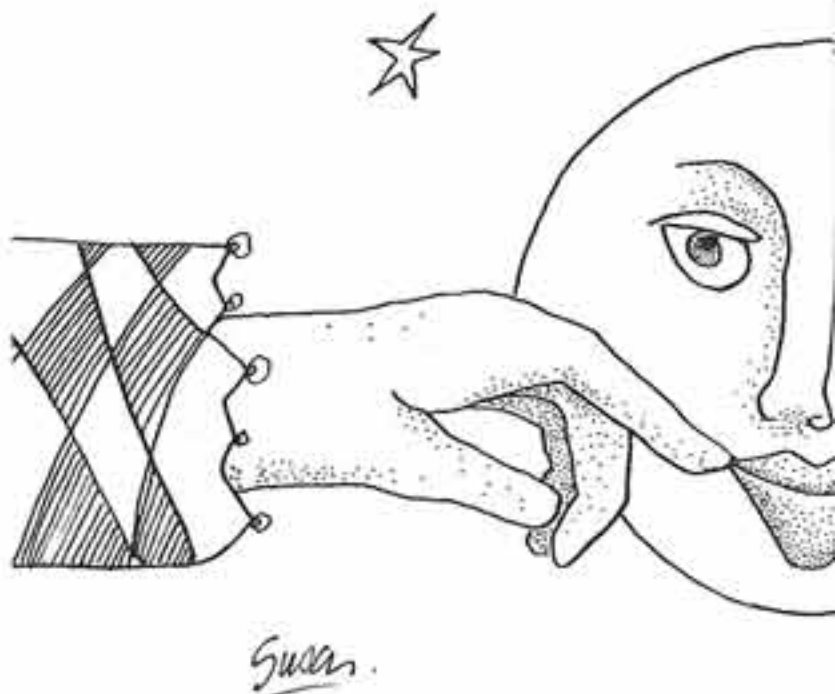
Marcela dejó de ir a las peleas. Extrañamente mi interés por el boxeo decayó a partir de entonces. “Así son los chamacos” le decía Don Chuy a mi padre sin saber que en el sillón de su Volkswagen sintonizábamos la X para no perder detalle, mientras con volados de izquierda se defendía sin defenderse de mis húmedos jabs sobre su cuello y de mis ganchos de derecha sobre un muslo tierno. A cada pelea nuestro ídolo iba ganando terreno. Contra el Chango Casanova logró atrapar el taller. Contra el Mantequilla Nápoles conquistó la copa del sostén, contemplando extasiado. Pipino Cuevas apenas pudo defenderse antes de rendirse empapado pero firme ante los más íntimos labios de Marcela. Y en un electrizante comba-

►39

Un salvaje volado de derecha se le incrustó en las quijadas cimbrando las cuerdas

te el Púas Olivares casi aniquila al Kid entre lágrimas y reproches en el séptimo asalto. Pero como siempre, Kid Cavazos

se encontró con El Ritmo: un extraño bailotear entre las piernas, casi intenso. Juego de cintura inconcebible para esquivar las bragas. Jab por aquí, gancho por acá (ay Marcelita) Kid Cavazos se faja como un auténtico peso gallo, entra, sale, huye, se planta y acorrala al Púas contra unas cuerdas trémulas que se estremecen fascinadas. Ráfagas intensas, incontrollables, espasmos de un dolor compartido hacen del Kid el vendaval infame que ya todos conocemos. El Púas Olivares se tambalea. El Kid está a un paso del Campeonato Nacional, señores, cuando un vaivén enloquecido de



Un chorro de alivio inundaba el taller cuando la campana del cuarto round salvaba al Kid de caer apabullado

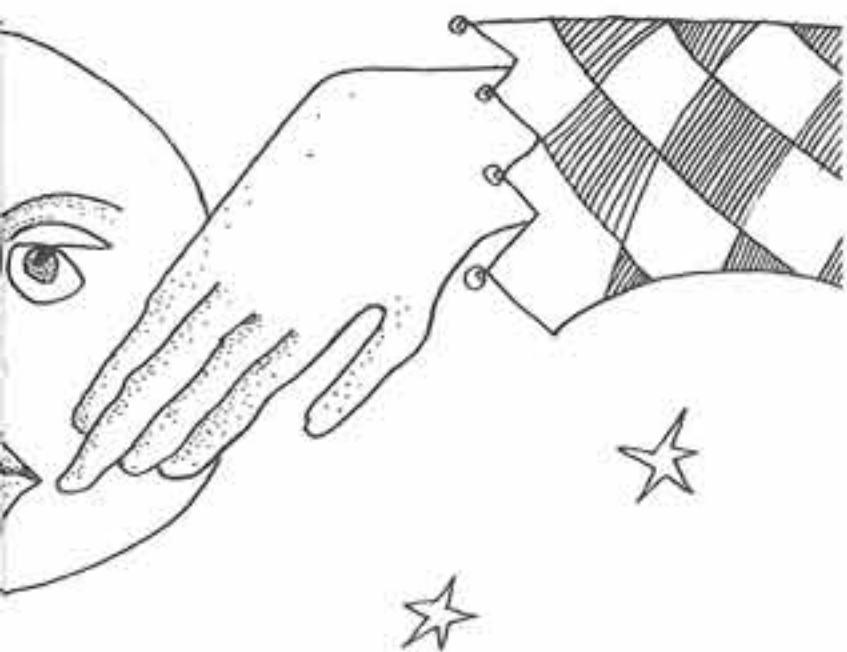
Volkswagen infinito suspende por unos instantes la sintonía de la X y el girar del universo cuando El Púas Olivares cae como un velo virginal sobre la lona. Su mánager lo levanta victorioso y tierno entre los brazos, señoras y señores, esto es un pandemonium, y a pesar de esa mirada de arrepentimiento tenemos un nuevo Campeón Nacional.

No fue difícil imaginar el fulgurante ascenso de Kid Cavazos en las listas del Consejo Mundial de Boxeo. Pero nadie imaginó que el alcohol se acabaría y el festejo del flamante Campeón del Mundo tendría que continuar en el taller eléctrico de Don Chuy. Plácidamente desnudos, aún dormidos, nos sacaron del Volkswagen con lujo de reproches. Su primera defensa del título, ya peleando en Las Vegas, la presenciamos to-

dos bajo la tradicional luna de miel acapulqueña. Y digo todos porque no sólo éramos Marcela y yo, sino también sus tres meses de embarazo.

Pepito nació sano y rozagante. Afortunadamente papá todavía alcanzó a conocerlo. Murió como todo un mecánico: engrasado hasta los dientes mientras bajaba la transmisión estándar de un viejo Ford ochenta y uno. Quizá un poco aburrido, pues ya las peleas de Kid Cavazos sólo las transmitía en pay

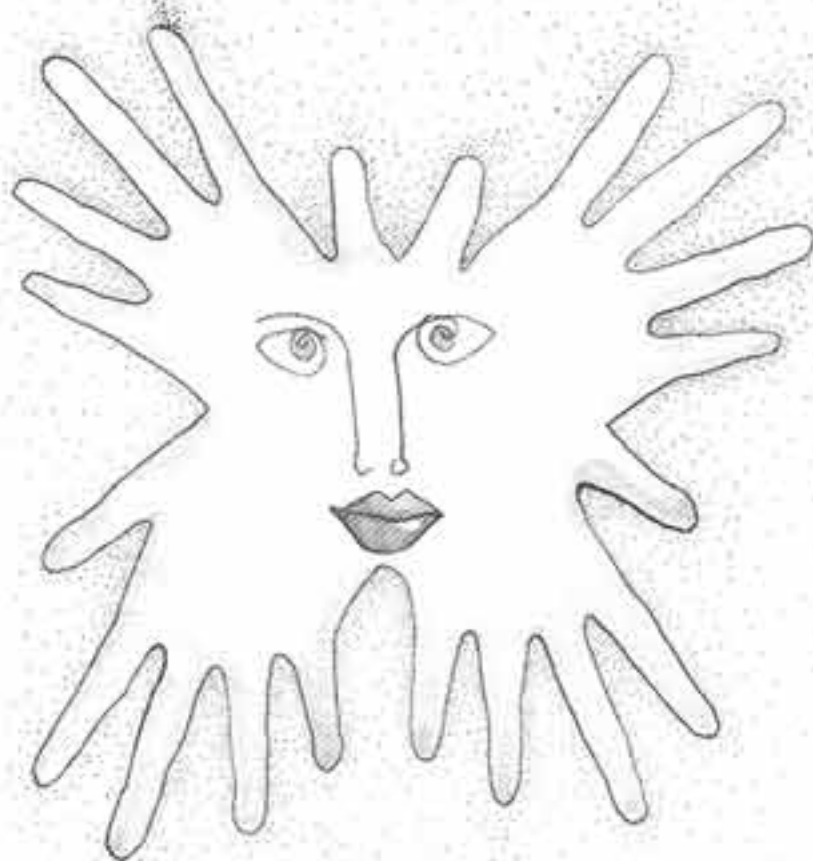




per event la televisión por cable. Me quedé a cargo del taller. La monotonía y la grasa se tragaron mis tardes y mis horas. Mientras el Kid defendía su invicto como una fiera, Marcela cultivaba en sus adentros una especial aversión contra la grasa y el aceite, misma que la llevó a dormir de espaldas, en el confin más lejano de la cama. Las salvajes jornadas de trabajo no me permitían más que hojear de vez en cuando la deportiva con la crónica de sus victorias. Subió hasta welter. Ganó más campeonatos, más cinturones, más combates. El último de ellos el día que Don Chuy, por un apuro, vendió el viejo Volkswagen, rompiendo así con el último lazo que débilmente nos ligaba. Esa noche me invitaron a un bar a ver otra vez al viejo ídolo. Palpitaban en mí el taller, la grasa, las mujeres incedentes (que Marcela ya ha quitado) pegadas sobre las paredes, y aquella emoción lejana de papá ante el combate de Kid Cavazos. En el bar no había un alma, el alcohol corría en casi todas las mesas, menos en la nuestra, pues los ingresos de mecánico nos dejaban apenas para una cuba mal preparada. Entonces apareció el ídolo. Entonces caí para siempre en el abismo. Ya no recuerdo más de aquella noche. Los absurdos gritos blandiendo el brazo go, go, go, go, el ídolo acabado, gordo, sobrado, sin alcanzar jamás El Ritmo,

sin el cuerpo, sin los puños, sin la fiera de antes. Hacía ya varios años que no hacíamos el amor. Me miró desconcertada. "Llegaste temprano" alcanzó a balbucear antes de subirse (treparse sería más exacto) y con maquinales movimientos hacer sonar la campana del tercer round. Duró doce rounds la pelea. Ganó por decisión y porque los jueces estaban vendidos. Lo que nunca logró fue levantar los ánimos del público, a pesar de que cambiamos de postura, a pesar de que abrió las piernas con desgano y se quedó dormida antes de los terribles abucheos con que lo despidió su afición de antaño. No pude dormir. No pude llorar. Sólo pude encender el videojuego de Pepito, y noquear contrarios hasta las seis de la mañana.

Kid Cavazos cayó a la lona por primera vez en su existencia una noche clara de verano. Una de esas noches que pelean hasta el último round contra la luz del día. Una de esas noches que vencen al sol por decisión muy apretada. Noches cortas, agotadas, que en el amanecer vuelven a perder siempre la





misma revancha. El retador se llamaba Marcial Mendoza. Trabajaba en la refaccionaria San Lorenzo, a tres o cuatro calles de aquí. Rubio, de espaldas anchas y fama de galán incorregible. Se miraron con furia, Cavazos habló más de la cuenta, juró por la misma virgen, la Virgen del Volkswagen, que acabaría con él, que lo noquearía antes del tercero. Pero esa noche la magia estuvo con el retador, tan ancho de espaldas, tan rubio, tan apuesto y mi Marcela que está aún entrada en carnes. Pepito y yo, más solos que nunca, senti-

mos nuestros dientes morder la lona, lo lloramos e incluso lo levantamos del radio cuando un salvaje uppercut de derecha le clavó hasta las meninges el primer orgasmo. Marcela recibió la cuenta de protección, sólo para ser penetrada de nuevo por otro derecho seco que permaneció para siempre en la memoria de los que alguna vez creímos en Cavazos. Marcela regresó ya tarde. Despeinada. Habrá sido el rímel embarrado bajo los párpados. Habrá sido esa luna descamada que en un trueque fatal cambió las palabras por El Ritmo: un bailotear roto entre las piernas, un juego de cintura aterrorizando al enemigo, jab por aquí, gancho por acá, Marcela cae de bruces sobre la lona: muda, sangrienta y dolorosa como la victoria que nos negó Cavazos. Como las vírgenes del martirio. Como perdiendo esa otra virginidad, esa que se desgarrar con golpes y no con caricias; esa que no rompe el himen pero sí los huesos. En este combate no hay réferi ni campana que detenga la pelea, como tampoco habría derrota ni golpe capaz de detener el resoplado grito de dolor con que meses después Marcela echaría al mundo, en un hospital cercano a San Lorenzo, a un pequeño retador. Un pequeño retador y futuro mecánico. Rubio. Muy rubio ☉



Sábado de gloria

Martha Isabel de la Colina

Escuela Nacional de Música

El día abrió amarillo por las cuatro esquinas de la casa y el primero en despertar fue el gato, que salió al jardín por un agujero en la ventana. Dejó enfriar a la brisa su pelo apelmazado tras una noche dormido en la panza de Josué y trepó ligero por las rugosidades en el árbol de chabacano.

Cuando el frío en el ombligo despertó a Josué, un ruido de cazuelas golpeadas le anunció que sus hermanos ya habían invadido la cocina. Los más pequeños preparaban huevos con cajeta, Cayo batía claras y Oralia, la mayor, prendía el bóiler.

—Hoy es sábado de gloria —dijo Josué poniéndose una camiseta agujerada—. Vamos a hacer guerritas en la casa del Coqueto.

Él y Cayo comenzaron a preparar globos y a llenar cubetas de agua, pues la manguera no alcanzaba a llegar al patio del enemigo.

Oralia salió del baño con una toalla enrollada en la cabeza y encendió la tele para los pequeños. Mientras los bulbos se desesperaban, ella se vistió, se pintó y le dijo a su madre, sepultada en las cobijas, que ya se iba al mandado.

Salió a la calle cargada de primavera, con más colores encima que una guacamaya. Las chancas le apretaban y los tubos bajo la pañoleta comenzaban a causarle comezón, pero el día estaba tan hermoso, con un sol radiante que traspasaba las hojas de los árboles y la brisa acariciando las aristas de las calles.

Pronto recordó lo que era obvio: "Me van a mojar. Justo ahora que estreno mis shorts sicodélicos". Sacó su abanico de cartón y plástico, y comenzó a menearlo nerviosamente. Vio pasar a la señora Luz con su caniche y abierta la sombrilla.

—¿Qué pasó, chula? —saludó la anciana—. ¿No traes paraguas? No te vayan a mojar. A mí, que me empapen si quieren,



pero a Totó que ni lo toquen, es tan delicado que le puede dar una pulmonía.

Oralia ofreció una forzada sonrisa al mimado can.

—¿Cómo sigue la señora Gina?

La joven preguntaba por la última víctima de Totó. Le había brincado en la cabeza desde la azotea. No soportaba ver gente frente a su casa.

—Bien, bien —contestó la señora Luz algo molesta—, si ni le pasó nada. Pobrecito de mi Totó, por poco se me muere del coraje de ver a esa mujer.

Se despidieron con besos al aire, rozándose apenas las mejillas.

“Un paraguas” se decía Oralia batiendo su abanico “me hubiera traído un paraguas”. Demasiado tarde. La hija de la señora Gina ya le había lanzado una cubetada de agua.

—¡Ji, ji, jí —rió la niña— ¿a dónde vas tan tempranito?

La cabeza vendada de la madre asomó por la ventana:

—Ora sí te ensoparon, Oralia. Pásate a tomar una coca en lo que te secas.

—No, gracias, señora, tengo que comprar algunas cosas.

En realidad, Oralia hacía su viaje para poder pasar frente a la casa de los Rodríguez: un destartalado chalet rodeado de maleza, donde Rodrigo Rodríguez y sus hermanos se sentaban a tomar el fresco y limonada los fines de semana.

“¿Qué va a decir mi Rodri cuando me vea toda empapada?”

Preocupación inútil. Rodrigo Rodríguez no sabía ni su nombre. La había visto algunas veces, pues difícilmente podía pasar inadvertida, sobre todo por su volumen. Pero Rodrigo sólo pensaba en su auto, un viejo jeep perdido entre la hierba, que reparaba todas las tardes de 4 a 6 y nunca había podido echar a andar.

Oralia se soñaba paseando en el destartalado jeep, bañada en flores y prendida al cuello de su amado. Se detuvo a saborear su escena imaginaria cuando sintió un frío globo deslizarse por su espalda y que luego estalló en la banqueta.

—¡Perdón Oralia! —se disculpó el Coqueto, descendiendo de una barda, su posición de ataque—. ¿Qué haces por acá?

—Voy al mandado.

—¿A quién se le ocurre salir al mandado en este día? —preguntó el padre del niño, quien colocaba un enano de piedra en el jardín al son de la última de los Monkees—. Te aconsejo que regreses antes de que empiece la batalla. Yo me voy a encerrar nomás éste quede bien puesto en su lugar.

Ya llevaba 15 enanos. Compraba uno cada mes. Su plan inicial había sido tener sólo tres, pero más tarde descubrió que ya no podía detenerse y siguió comprando más enanos de piedra.

—Dicen que la gente se vuelve loca en marzo —comentó acariciando su nueva estatua de 120 centímetros de altura—, peligrosa a veces. ¿Tú qué crees, reina?

Resbalaba su mirada por el cuerpo de Oralia. Siempre le habían gustado las féminas entradas en carnes, las jamoncitas.

—Llévate esta toalla por si te vuelven a mojar —le dijo el Coqueto antes de subir a la barda de nuevo.

Ya en la esquina, Oralia recordó que ni siquiera le había preguntado a su madre si necesitaba algo de la tienda.

—Compraré mantequilla y huevos —se decía en voz alta, mientras la sonrisa de Rodrigo iluminaba el fuego de los colorines a su paso—. Pan Bimbo para las estampitas de Sudamérica que nos faltan.

Las González salieron a saludar abrazadas a sus muñecas. Habían puesto una alberquita de plástico en medio del patio.

—Vente a jugar con nosotras —dijeron las pequeñas presumiendo sus bikinis amarillos—, de todos modos ya estás mojada.

Unos barquitos de papel flotaban en el agua. El sol reflejado lanzaba fuertes destellos. Un pastel de lodo reposaba en el suelo. Oralia sintió deseos de quedarse en ese pequeño edén pero, después de prodigar algunas alabanzas a las niñas, siguió su camino.

¿Cómo estaría Rodrigo Rodríguez? Tal vez podría verlo de pantalones cortos al fin; debía tener las piernas gordas y peludas, deseaba Oralia mientras frotaba su ropa con la toalla.

Mas cuando llegó frente a la ansiada casa no encontró a nadie, ni siquiera al mayor tomando el sol con la panza de fuera.

Por eso hasta fue un consuelo sentir esa mano agarrándola del cuello, y al hacerle manita de puerco ni siquiera gritó. Pataleó un poco cuando la arrastraron por la hierba y le sumergieron la cabeza en un tonel lleno de agua.

“¿Qué voy a hacer si me matan?” se preguntó decidiéndose apenas a sentir miedo.



Antes fueron el ruido y la luz, la estridencia sicodélica arrastrándose perezosa por las calles tendidas al sol. Ahora es el silencio. El agua helada que se clava en la piel como multitud de agujas diminutas. Un vago rumor llega a tus oídos y se confunde con los enanos de piedra que danzan a tu alrededor. Un perro microscópico brinca desde el edificio más alto y amenaza con morderte. ¿Ha pasado el tiempo? ¿Ese fuerte palpar, la vibración metálica en tus sienes, es la música del cielo?

Josué y Cayo habían agotado su provisión de globos de agua y habían acarreado tantas cubetas que sólo el honor les impedía pedir paz, cuando llegó su madre chancleando por el pavimento mojado.

—¡Pido, pido! —chilló Cayo— ¡Viene mi mamá.

El Coqueto y su hermano hicieron alto al fuego.

—Ya van a dar las doce y no ha llegado tu hermana. Vayan a buscarla.

—¿Qué le va a pasar a Oralia? —preguntó Josué— Si alguien se le acerca, nomás lo mata de un sentón.

El niño recibió un coco sin rezongar y los cuatro escuincles fueron en busca de Oralia.

Después de recibir algunos paraguazos de la señora Luz por empapar a su microscópico perro, y luego de torturar a las niñas de bikinis amarillos, encontraron a Oralia al pie de un árbol, llore y llore. Tenía un raspón en la rodilla y los tubos en desorden.

—¿Qué te pasó? —le preguntaron.

—Es que los Rodríguez... —berreó Oralia.

—¿Te pegaron?

—Me metieron la cabeza en un tambo lleno de agua y después de un rato me dejaban respirar y luego me volvían a sumir en el agua y luego otra vez y otra y otra...

—¿Te pegaron? —insistió Josué—. ¿Te hicieron algo feo?

—Se rieron de mí —chilló Oralia—. Todos se rieron de mí.

Cayo lanzó una mirada furiosa a su hermano:

—Hay que vengamos de los Rodríguez.

—Si, chucha —objetó Josué—, como que nos doblan la edad.

—Podemos pintarles cosas feas en las paredes.

—Pero si es sábado de gloria —dijo el Coqueto— ¿A quién se le ocurre salir al mandado en este día?

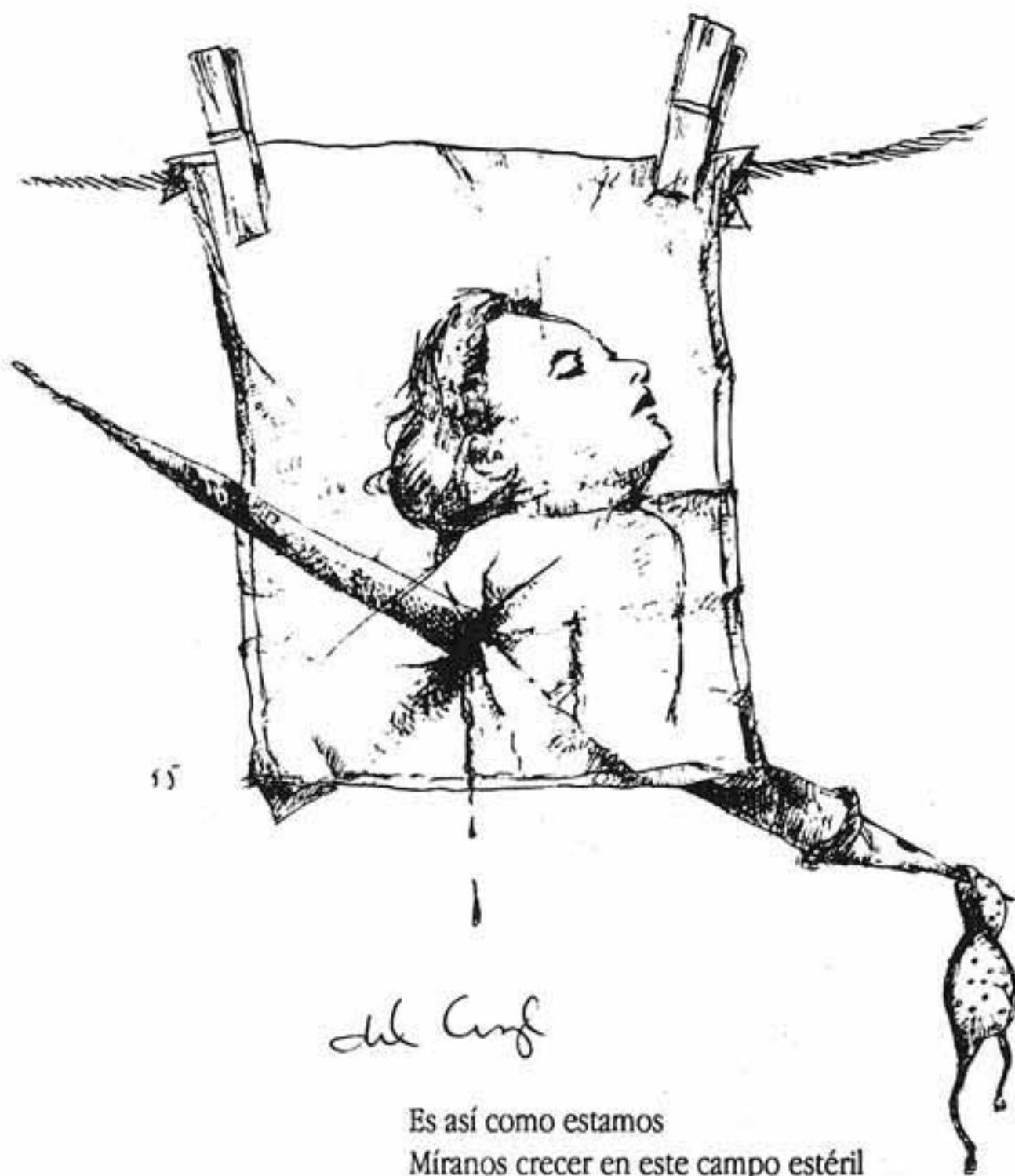
El olor a carne asada los recibió en casa de Oralia. Su padre tocaba la guitarra y la señora Gina cantaba con tal emoción que parecía estar a punto de reventar sus vendajes. La señora Luz liberaba a su caniche que en seguida se apoderó del patio. El papá del Coqueto portaba orgulloso su mandil y manejaba la carne con el trinche.

El gato, desde la copa del árbol, veía con desconsuelo que Totó se robaba un bistec impunemente.

La música y el aire, al mecer las plantas en el jardín, hicieron que Oralia olvidara sus penas. "Es una ocasión perfecta para lucir el vestido rosa de moñitos y mis zapatos amarillos."

Y corrió a cambiarse de ropa ☉

Poema



**Jorge Salvador
Jurado**

Facultad de Filosofía
y Letras

Es así como estamos
Míranos crecer en este campo estéril
Cómo pasamos el uno sobre el otro
La misma tierra engendra distinta flora
Mira cómo tratamos de iniciar la marcha
Cómo nos aferramos a una idea
a una forma
La marcha nos acaba
se acaban nuestras manos
nuestra fuerza
Ruinas de una ciudad
Nostalgia del esplendor
Pero nos aferramos

Después el pasto cede ante la nieve
Sabemos entonces
que se nos fue la vida
en busca de una forma
de una idea

Ana Pavlova en México

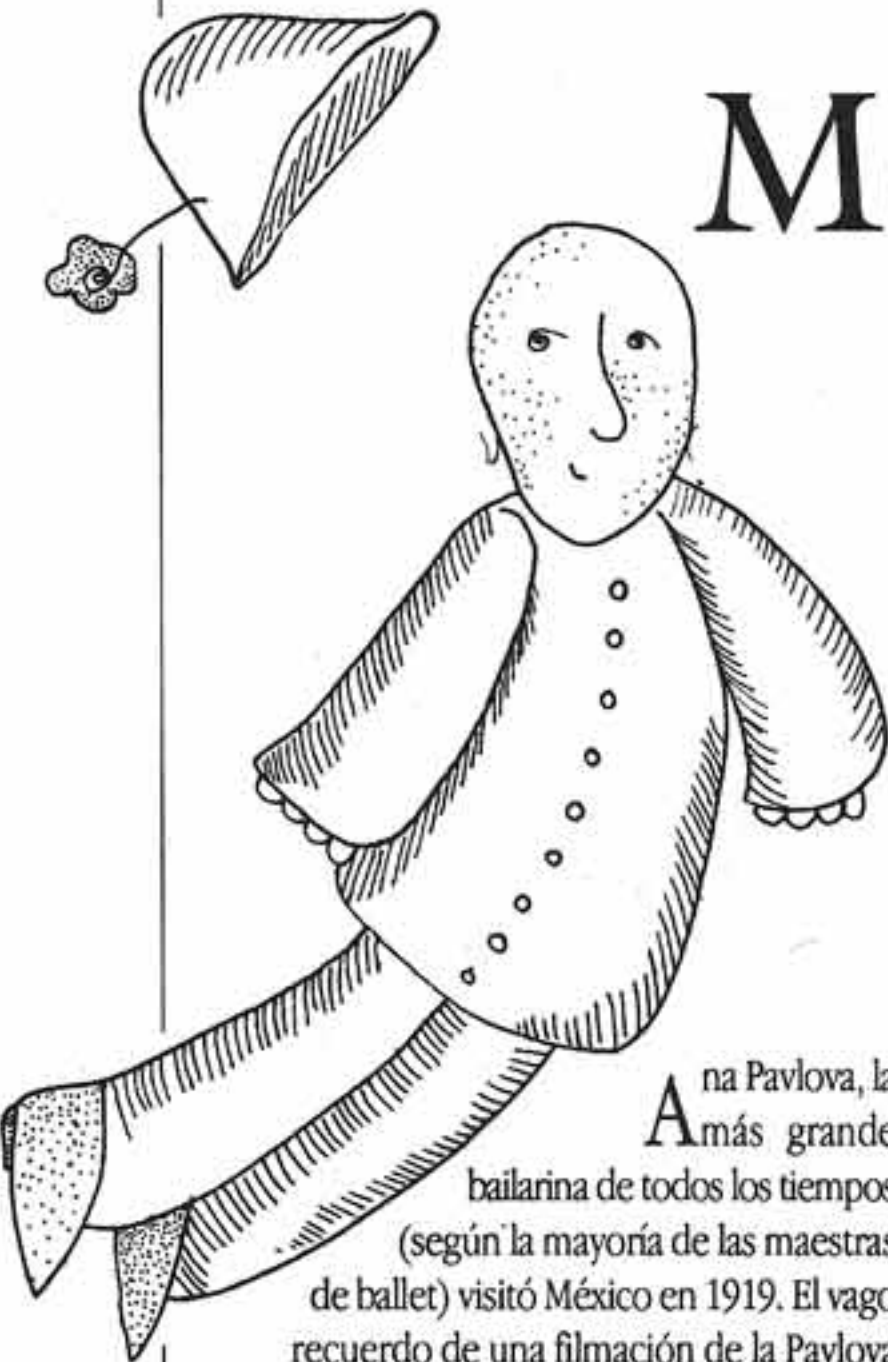
Josefina Flores

Facultad de Filosofía y Letras

y del papel que Ana Pavlova jugó en esta historia.

El ballet que hoy en día se conoce como clásico comenzó a tomar forma en la Francia de los siglos xvii y xviii. Es ahí en donde las coreografías y la música se ligan para hacer un conjunto teatral bailado y se utilizan las zapatillas de punta. Los zares rusos, en su ansia por europeizarse, importan maestros franceses y fundan su propia escuela de ballet. Mientras que en Francia en el siglo xix el ballet se convierte en un espectáculo popular que necesita una constante renovación y va perdiendo algunas de las características que lo hacen clásico, en la Rusia zarista el ballet sigue siendo un espectáculo de élite. El zar mantiene una costosa escuela y paga los montajes del ballet para presenciar el espectáculo en compañía de su corte. Gracias a este patrocinio el ballet ruso, separado ya del francés, logra un estilo propio, utiliza música rusa, y depura sus técnicas.

La Escuela Imperial de Ballet tomaba a niños de cualquier clase social y formaba bailarines. Ana Pavlova ingresó a dicha escuela a temprana edad y se convirtió rápidamente en una estrella. En 1909 la Pavlova figura como bailarina principal en la gira parisina que efectúa el ballet ruso y que los historia-

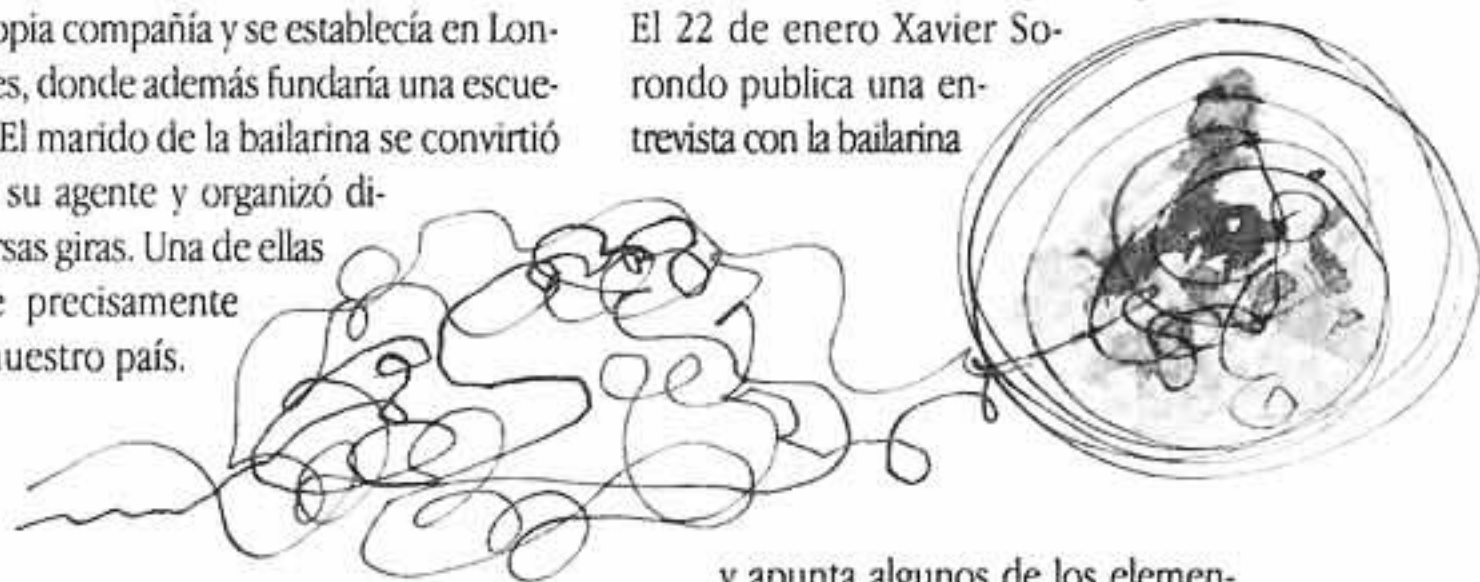


Ana Pavlova, la más grande bailarina de todos los tiempos (según la mayoría de las maestras de ballet) visitó México en 1919. El vago recuerdo de una filmación de la Pavlova bailando el Jarabe Tapatío me animó a buscar en la hemerografía de la época cómo había sido tal visita. El siguiente es el resultado de la búsqueda.

El ballet ruso constituye hasta nuestros días uno de los más importantes del mundo. La excelencia de su técnica y el hecho de que haya aportado no sólo un sistema de enseñanza profesional que ha determinado a la mayoría de los ballets modernos (con excepción de los americanos, que vienen de otra tradición), sino que de su seno haya salido un sinnúmero de bailarines y coreógrafos de importancia mundial, legitima en buena medida la pregunta acerca de los orígenes de su excelencia

dores de la danza califican de trascendental. Para 1913 ya había fundado su propia compañía y se establecía en Londres, donde además fundaría una escuela. El marido de la bailarina se convirtió en su agente y organizó diversas giras. Una de ellas fue precisamente a nuestro país.

Ana Pavlova llega a la Ciudad de México y El Universal le sigue los pasos. El 22 de enero Xavier Sorondo publica una entrevista con la bailarina



¿Por qué se escogió México para realizar una gira? No se sabe; pero lo que es cierto es que la compañía también visitó Perú. Me llamó la atención el hecho de que a la Compañía no le importara demasiado la cercanía de los violentos episodios de la lucha revolucionaria armada; aunque quizá después de enterarse de los acontecimientos más recientes en la Rusia revolucionada, México se antojara como un país más bien tranquilo. De cualquier forma, a juzgar por las noticias aparecidas en el diario, fuera de que los zapatistas estaban en las cercanías de Milpa Alta, el gobierno de Carranza parecía estable y la Ciudad de México acogedora.

Así las cosas, en enero de 1919 apareció un anuncio en la sección de Teatros y cines de El Universal. En él se nota una pequeña fotografía de la bailarina que se presentaría con su Compañía en el Teatro Arbeu, los boletos estaban a la venta y se recomendaba la adquisición de abonos para todas las funciones. El 15 de enero aparece nueva propaganda anunciando la venta de un abono para las matinés; el precio de los boletos aun hoy en día se antoja bastante elevado: desde \$187 en plateas y palcos, hasta \$8 en galería. Al día siguiente aparece una noticia comentando que la bailarina está en Cuba, desde donde ha enviado un saludo al presidente. No se sabe si el presidente lo recibió, o si lo contestó. ¿Le interesaría la danza al señor Carranza?

y apunta algunos de los elementos que Carlos González Peña, convertido después en el cronista de la visita, tocará en sus artículos. Además de comentar las impresiones causadas por la convivencia con una auténtica diva, el articulista asegura que parte del éxito de la Compañía de la Pavlova está en no haberse conformado con la "uniformidad alada" propia del ballet decimonónico, y en haber dotado a sus bailarines de una "riqueza de colores que parecía la locura de una primavera pródiga" [y en haberles dado] "por fondo las decoraciones de Bakst". El chiste del ballet ruso queda un poco en el misterio, pero se señala el asunto de la vivacidad y el colorido novedoso de sus coreografías. Una semana después, la bailarina visita las oficinas de El Universal, el diario no lo dice, pero se intuye que se trata de una visita de promoción o hasta de negocios.

►49

El ballet que hoy se considera "clásico" comenzó a tomar forma en la Francia de los siglos XVII y XVIII

Por fin el 26 de enero aparece la nota que habla del debut en México del ballet ruso, firmada por Carlos González Peña, quien desde este momento analizará todas y cada una de las presentaciones de la Pavlova, criticando al-



gunas y alabando otras, pero sugiriendo con sus opiniones una posibilidad de interpretación y comprensión del ballet. Su labor es la de un maestro.

Una buena parte de la gracia de la visita es observar cómo ésta se va convirtiendo en un fenómeno que rebasa el círculo de los que podían costearse el boleto para el Arbeu. Por el momento, al debut asiste, según Peña, lo más selecto de la sociedad; los que sabían de qué se trataba o por lo menos tenían el suficiente dinero para enterarse. Peña mismo confiesa que asistió al

teatro sin tener una idea muy definida de lo que vería. Al final se enorgullece de haber presenciado un espectáculo en donde se vieron "asociadas armoniosamente las tres artes humanas: música, coreografía y pintura, que felizmente los rusos han fundido en un arte solo..."

Si bien Peña no tenía muy claro qué vería al iniciar la función, salió de ella muy seguro de qué era lo que quería ver en adelante. El ballet ruso lo ha impresionado, pero no por ello deja de criticar el programa. Peña confiesa ser partidario de la danza contemporánea de las "cosas modernas y originales", y no de las cursilerías clásicas como *El bada de las muñecas* o, posteriormente, *Giselle*.

La opinión de Peña es muy favorable cuando habla de la presentación

de *La bella durmiente del bosque*. Es en esta presentación donde para él han quedado plasmadas las posibilidades del ballet ruso: acompañado de la "épica" música de Tchaikovski, el ballet ha lucido además una escenografía hecha "conforme al espíritu originalísimo de la moderna escenografía rusa...". Lo que él quiere ver, y lo que quiere que el público vea, son las coreografías modernas. Su desprecio hacia los ballets clásicos es notable, detesta la función de *Romeo y Julieta* y *Giselle* le parece "un culebrón indigno" de la figura de Ana Pavlova. Peña desea ir al teatro para ver el "grande y noble arte, genuinamente moderno, y genuinamente ruso, consistente en reproducir por medio de ideas plásticas, ideas musicales de tal suerte y por manera tan armoniosa que las unas y las otras se suman y se completan". Así las presentaciones que le complacen en forma definitiva son *Raymunda* y sobre todo *Los Preludios*, en donde se baila música de Liszt que no había sido escrita para ballet, pero tratando de referirse a esos elementos



musicales que, por analogía, se llaman "plásticos". Para darnos una idea es necesario volver un poco a la historia de la danza y dejar a la Pavlova dando funciones en el Arbeu, asistiendo a bailes de disfraces y en una pequeña gira por Puebla.

Como dijimos, la escuela rusa de ballet era de un corte clásico. Sin embargo Ana Pavlova se había establecido fuera de Rusia y su contacto con Occidente se había incrementado. En los años veinte la danza se separa en dos caminos distintos pero no irreconciliables. Por un lado, en Estados Unidos, está Isadora Duncan que decide quitarse las zapatillas, liberando el cuerpo de artefactos incómodos, y bailando lo más libre que se pueda. Por el otro lado está la Pavlova, bailando con zapatillas pero siguiendo el ejemplo de Duncan cuando se trata de interpretar y bailar música contemporánea. El chiste del ballet ruso está precisamente en usar música que no ha sido escrita específicamente para ballet en coreografías modernas, sin dejar de emplear los elementos técnicos de la danza clásica



tradicional. El éxito de la compañía de la Pavlova es aún más grande cuando incluye en sus escenografías a pintores de vanguardia.

González Peña quiere ver lo último de lo último, quiere ver la vanguardia plástica y dancística del mundo. Tiene oportunidad de hacerlo y se queja cuando las funciones no responden a sus expectativas. La labor de Peña en El Universal se antoja original y necesaria; es a mi juicio la mejor en la prensa de la época. Mientras que Peña se preocupa por criticar y tratar de explicar al público lo que está viendo, los articulistas de Excelsior y de Revista de Revistas se deshacen en halagos poco interesantes que terminan siendo todos iguales. La cursilería que siempre acompaña al ballet se desborda. Encontramos en algunas páginas cosas tan terribles como ésta:

►51

*Señora que has venido de tu país de nieve
buyendo de las luchas de los reyes perversos
permite a este soneto que mi entusiasmo lleve
en la trompetería de sus catorce versos.*

Si Ana Pavlova hubiera regresado de Puebla y cerrado su gira en el tiempo previsto, su visita no habría pasado de ser un grato recuerdo para quienes la vieron. No fue así, la bailarina regresó a principios de marzo y se encaminó a dar una función especial en el Teatro Principal. En el programa figuraba algo que no había sido visto en México y que llevaba como título



Fantasia Mexicana. La famosa *Fantasia Mexicana* había sido elaborada con escenografías de Adolfo Best Maugard y la coreografía de Eva Pérez. Esta presentación pasó a la historia, y la razón es muy simple: el cierre de la función

La visita de Ana Pavlova perdió su carácter elitista y se convirtió en un fenómeno cultural

era nada menos y nada más que el mexicanísimo *Jarabe Tapatío* en los mismísimos pies de la que mundialmente era reconocida como la mejor bailarina. A partir de este momento la visita de Ana Pavlova dejará de ser un asunto que atañe sólo a un selecto círculo de enterados o pudientes (o pudientes enterados).

La siguiente función de la Pavlova fue en el Toreo. Al ruedo de la plaza fueron a dar los bailarines rusos; cubiertos por una escenografía de flores naturales bailaron diversas piezas de su repertorio; no faltó, por supuesto, la *Fantasia Mexicana* ni el *Jarabe Tapatío* como parte de ella. Los precios de la función del Toreo fueron verdaderamente bajos, supongo que cualquier asalariado con algo de interés pudo haber asistido y presenciar el aprecio que la bailarina sentía por los bailes populares mexicanos.

Con un gran olfato para los negocios, el dueño y empresario del Teatro Granat contrata a la compañía para otra corta temporada a precios populares, ufanándose en el anuncio de que podría ser admirada "por todas las clases sociales." A partir de ahora lo que era discreción en los anuncios se convierte de plano en el atractivo principal del programa: es Ana Pavlova sí,



son *Los preludios* de Liszt, es *Romeo y Julieta* para los cursis, pero ante todo es *El Jarabe Tapatio*.

Peña se calla. Sus artículos sobre danza dejan de aparecer y él se ocupa de unos conciertos de Beethoven. El 27 de marzo aparece en primera plana de *El Universal* una foto a todo color de Ana Pavlova vestida con el traje de china poblana en un gesto de quitarse el sombrero y al calce de la foto el siguiente poema:

*Con tus trenzas más trágicas que
[la negra fortuna
y las cuentas de vidrio que suman tus collares,
en cuyas perlas falsas la bonradez de la luna
se engaña como en mágicas pechberías solares;
con un sombrero digno de Emiliano Zapata
y el rebozo sedero que una tela bilandera
echó sobre tus hombros como una
[rueda de plata
y cual si fueras una lírica vivandera;
no te conocerían ni Tatiana ni Olga,
ni los ex grandes duques ni los peces del Volga
ni las cúpulas de oro que delata el Kremlin
Que tu carne de cisne, ave egregia y lejana,
al calor y la vida de china poblana
dan una rara anémona en el patrio jardín.*

Recordemos que el "sombrero digno de Emiliano Zapata" seguía cubriendo la peligrosa cabeza de Zapata, y no sólo los cabellos restirados de la Pavlova.

A partir de este momento, la visita de Ana Pavlova perderá no sólo su carácter elitista, sino que se convertirá en un fenómeno cultural que irá más allá de los afanes modernizadores que busca Peña en su danza.

Es curioso y a la vez es triste. La Pavlova será recordada porque bailó el *Jarabe Tapatio*.

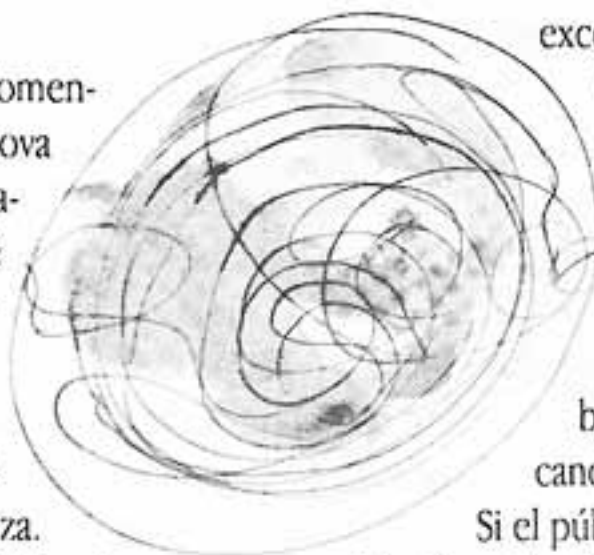
Es como si viniera Madonna, con todo su impresionante show, muchos chilangos fueran a verla, y al final sólo



recordaran que cantó *Las Mañanitas*. Algunas tercas voces, como la de Peña, insistirían en que no sólo se trataba de *Las Mañanitas* o del *Jarabe*, sino de lo grandioso que resulta Liszt bailado; de las posibilidades épicas de la música de Tchaikovsky, de los

excelentes experimentos escenográficos de Best Maugard; pero nadie estaba ya muy dispuesto a hacerle caso. El *Jarabe* había sido bailado, el ego mexicano estaba satisfecho.

Si el público fue poco sensible, González Peña tampoco se dio cuenta de que le estaba ocurriendo un hecho histórico: las masas se rebelaban en sus narices y él seguía pensando que los cisnes cruzan el pantano sin manchar su plumaje ☉



Títeres

Andrés M. Castro

CCH Vallejo

La tarde casi oscura galopa en los callados olores del centro de la ciudad. De pronto aparecen los rostros afilados como cuchillas que cortan el viento. Marmóreos cuerpos: bailan y se escucha el acartonado ondulado de la tela, el crujir de sus vestidos los dispersa del silencio. Los tres cuerpos se tallan entre vientres de ocote. Sus manos tiemblan; invisibles hilos de acero marcan sus pasos, caminan sin caminar, su tacto impreciso los lleva a ratoneras con señuelos de mujer.

Los cortinajes del fondo olean el paso de los actos; la escenografía cambia. El hombre oculto descansa los brazos sobre sus rodillas. Enjuto. Su estómago truena como si sus vísceras estuvieran envueltas en celofán. Su mirada rasca los rostros de sus espectadores. Sus mandíbulas se tensan; la saliva que emprende el viaje sobre la garganta seca su nuez. La sangre punza en su cabeza como si tuviera en ella un enjambre de voces. Él sólo ríe y todas sus arrugas se tensan sobre su máscara de bronce.

Hay una pausa. Los muñecos, quebrados, descansan en un trozo de franela, los alambres tiemblan en el aire, y la cruz de madera quiere volver a ser acariciada.

Los frágiles cuerpecillos han vuelto, en el último acto aparecen más histéricos; la consola los acompaña con un sosiego especial, como si la música siempre estuviera ahí y sólo un momento antes se hubiera notado. El enmarañado sonido escapa escurriéndose en los patios, escrutando paredes e ignorando a sus oyentes.

La disputa eterna del bien y el mal, y el amor; las inminentes lágrimas y maldiciones se conjugan llenando la historia de dolientes sentimientos. La amarga moral resuena en los diálogos del ventrílocuo. Los ávidos espectadores se sienten únicos; sus frentes brillan, casi inamovibles sonríen estúpidamente. Los pequeños rostros prietos y jiotudos se contraen hartos contentos. La función concluye.

El hombre se levanta y recibe la ovación de su público; abre los brazos, hace reverencia y muy lentamente toma su sombrero, camina despacio, como escaldado: el peso de su joroba hasta entonces invisible le acaricia la espalda y lo empuja a seguir andando. Varias monedas caen en el fondo del descolorido sombrero. El hombre las toma con las manos, las aprieta y las guarda como si llevara el infierno en los bolsillos. En la plaza las palomas aleteantes regresan





Reposa
en mi cuerpo,
colibrí,
habita
en mi oído
como una gardenia.

Laura Hinojosa

Facultad de Filosofía
y Letras

Aprisiona
mi herida
del estómago
que deslava
mi alma
en polvo
de mar.

Preña
mi aliento
en la tierra,
en la arena.

Tiempo
de soles,
de lunas.
Canto
de colibrí.

► 55

Colibrí

Invierno

Toni Meza

Taller de Narrativa,
Casa Universitaria del Libro

Se pone el suéter de lana, de vivos colores. Está feliz y yo me siento cansado. Quiero un baño. El sol va a salir y seguimos en este hotel barato. Le sonrío al aplastar mi cigarro en el cenicero. Salimos. La madrugada sombría, húmeda. Las calles silenciosas.

Bajamos del taxi que nos ha llevado a la estación. La tomo del brazo. Noto su nerviosismo. Tiene miedo de que alguien pueda vernos. Se marcha porque un familiar murió.

Mientras esperamos le invito un café, necesito algo que me reconforte.

Ve manchas rojas en el borde de la taza. De su bolsa de viaje saca un cuaderno de estudiante

—Escribí algo ¿Quieres que te lo lea?

Tiene el cuaderno abierto sobre la mesa. Niego con la cabeza.

—Entonces te lo doy.

Huellas de labios sobre una carta. La guardo. Me pongo en su lugar. Imagino lo que piensa. Adivina que no la leeré.

La observo sin que se dé cuenta. La veo un poco vieja. Tal vez cansada. Su dedo juega con un mechón de su cabello.

Mi vista recorre la cafetería, nuestras miradas se cruzan. Tengo ganas de tomarle la mano. Bebo un trago de café. Ella busca un pañuelo. Se seca los ojos.

—El invierno es la muerte —su voz suena hueca.

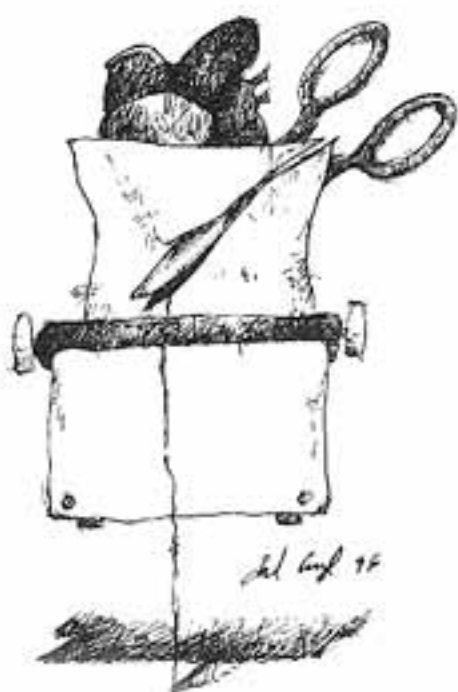
Anuncian la salida del tren. Caminamos separados por el pasillo. El tren está parado. Ella sube. La máquina se pone en marcha con lentitud. Me mira a través del cristal y agita la mano. Sonríe, como si fuera una niña que no quiere que la olviden.

El tren ahora se aleja con rapidez. Ignoro cuánto tiempo he pasado en el andén. De pronto la carta en mi bolsillo. Ha de ser como la carta anterior. De adolescente. La tiro. Sé que nadie ha muerto. Es su esposo quien la espera. Sólo que ella no puede estar con él desde que se enteró de que la engaña. Por eso me busca. Pero todavía no quiere romper su matrimonio. Reconozco que algo ha pensado acerca de su situación. Yo no, lo cotidiano no tiene valor.

Al salir de la estación, el frío azota mi rostro y el aire me trae recuerdos de otros aromas. Muevo la cabeza para alejarlos y así retener por más tiempo el olor de ella.

Prendo otro cigarro. El humo en mis pulmones me hace sentir vivo. Sé que regresará ¿Regresará? Me doy cuenta que no sé nada de ella. Camino de prisa. No quiero pensar. Estoy temblando y daría todo por cubrir este frío con el calor de su presencia ☉

⊙ SUEÑO DE UN LABERINTO



La séptima morada, de Luis de Tavira, obra en siete laberintos y un prólogo, apareció publicada en la colección de textos dramáticos *La carpa* de la Dirección de Literatura de la UNAM. El texto de ese espectáculo, según anota el mismo autor, fue elaborado a partir de los trabajos de un seminario de actuación en el Centro Universitario de Teatro, integrado por Lumi Cavazos, Érika de la Llave, Bárbara Eibenschutz, Jaime Estrada, Patricia Marrero, Víctor Hugo Martín, Lisa Owen y Arcelia Ramírez; y parcialmente construido con el cruzamiento intertextual de ideas, imágenes y textos de Santa Teresa de Ávila, Bernini, Calderón de la Barca, Velázquez, María Alcanforado, Goethe, Strindberg, Kazantzakis, Tennessee Williams, Ingmar Bergman, Peter Weiss, Pier Paolo Pasolini, Harold Pinter, Botho Strauss y Hans Urs von Balthasar.

El espacio de la obra es una sola habitación y se confunde con el mismo texto, logrando una unidad a la que son invitados todos los demás escenarios referidos, a saber: la habitación del puente, la isla de Naxos, la estancia en la cripta, la noche del casino, la torre, el santo desierto y la séptima morada, los cuales dan nombre a cada escena. La habitación donde sucede todo, al centro del laberinto —donde desembocan “múltiples caminos” y en cuyas “paredes circulares hay muchas puertas dispuestas en espiral”— no sólo es el centro del laberinto o la cúspide de la torre: es la mente del actor. En el centro hay una cama, en la que El que sueña, entre las cinco mujeres soñadas, prologa, en verso, su experiencia. “Este espectáculo se sueña a sí mismo como un laberinto de ficciones dramáticas que son estancias agobiadas, estrechos pasillos, empinadas escaleras, puertas que conducen



a textos que otros soñaron y que son a su vez estancias, pasillos y puertas de otros escritos que refieren libros que muestran y esconden otros libros (...) Y si el espectáculo es semejante a un laberinto, el laberinto es también metáfora del alma, de la íntima odisea de la pasión... es una figura, pero también una estructura", nos dice Tavira en su advertencia. El laberinto es construido por el pasaje entre las voces y cada entrada a escena refiere a un conflicto.

"La nostalgia de un dios ante el cual caer de rodillas", la vida hecha de caminos que desembocan en el mismo sitio, en uno mismo, el sueño y los recuerdos fragmentados de la propia vida, son el espacio de disquisición racional e imaginaria del dolor, el sufrimiento y otras manifestaciones del Mal.

En este laberinto sin sentido al que Tavira ha invitado a sus estudiantes y a sus clásicos, lo que se da es una lucha encarnizada por comprender "de qué se trata todo esto", y no es extraño plantearlo sobre una cama revuelta de sensaciones que aparecen tan confusas y convincentes como pueda imaginarse minutos antes de despertar, es decir, toda la vida.

© EL OTRO TABACO, LA OTRA VERDOLAGA

A raíz de los numerosos efectos secundarios que tienen los medicamentos actuales para el organismo humano, desde hace algunos años se han estudiado caminos alternativos para la medicina.

Uno de ellos, particularmente en México, es la herbolaria. Es sabido que los antiguos mexicanos estudiaban minuciosamente las plantas para conocer sus propiedades medicinales, y las utilizaban para los padecimientos que aquejaban a los enfermos. Mal haríamos en llamar a aquellos médicos prehispánicos "curanderos": su proceder sanativo tenía como base una visión del mundo, una filosofía o suma de ideas organizadas, un procedimiento.

El camino de la herbolaria ha llevado a los investigadores no sólo de nuestro país, sino a



Luis de Tavira,
La séptima morada.
México, UNAM
(Coordinación de Difusión
Cultural-Dirección de Literatura/
Textos de Difusión Cultural,
Serie La Carpa), 1996.





Recetarios de indios en lengua maya. Índices de plantas medicinales y de enfermedades coordinados por D. Juan Pío Pérez con extractos de los recetarios, notas y añadiduras por C. Hermann Berendt, M. D., Mérida 1870. Edición preparada por Raquel Birman Furman. Traducción de Domingo Dzul Poot. México, UNAM (Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios Mayas/Serie de fuentes para el estudio de la cultura Maya, 13), 1996.

los de otros, a indagar las propiedades de las plantas medicinales de México. Es por eso encomiable la publicación de los *Recetarios de indios en lengua maya*, por el Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra universidad.

Si bien *Recetarios...* tiene un claro sentido documental y de análisis del idioma maya (y la influencia que éste tiene aún en el español de la península), no dudamos que pueda arrojar luz a los estudiosos de la herbolaria de México, a quienes buscan caminos alternativos para la medicina y aún para los curiosos, los que esperan acumular conocimientos en su saber enciclopédico.

El libro fue publicado originalmente el año de 1870 en Mérida, Yucatán, por Juan Pío Pérez y Hermann Berendt. El primero de estos autores (1798-1859) era considerado en su tiempo "el mayor erudito maya de Yucatán". El segundo fue un investigador itinerante, de nacionalidad alemana, que se dio cuenta de cuán importantes eran los trabajos de investigación de Pérez, así que los recopiló, organizó e hizo posible su publicación.

Hallamos en los *Recetarios*, por ejemplo, las aplicaciones del tabaco (kuutz, en maya): "Ayuda en problemas de asma, mordidas y piquetes, molestias del intestino, escalofríos, fiebres, convulsiones, quejas nerviosas, ojos irritados, enfermedades de la piel y enfermedades urinarias". O el colorín (chac molche): "La hoja y la fruta machacada... se utiliza para problemas de ojos". O la modesta verdolaga (xucul o h xucul): "La planta hervida es frotada en la parte necesaria para dolor del corazón. El jugo es dado contra el arrojamiento de sangre y el mareo".

La edición, preparada por Raquel Birman Furman, contiene un prólogo sobre la medicina maya en las época prehispánica y colonial, así como su presencia en los yucatecos actuales.; la descripción de los autores y un detallado estudio sobre el documento.

En fin, un libro para ampliar nuestra visión: a veces nos topamos en una banqueta con el árbol o la planta que aliviarían nuestras penas... pero no lo sabemos.

© UN ARTE QUE NO SEA AJENO A LA VIDA

Hay voces poderosas dentro de la poesía. Una de ellas es la de Jörgen Nash, poeta danés nacido en 1920. Porque Nash, quien ha trabajado como campesino, empleado de circo, obrero, articulista, escultor, editor de revistas, pintor y escritor, no busca la poesía en el firmamento, al menos no en ese horizonte "elevado" y exquisito que acostumbran algunos artistas, sino en las calles, en las guerras, en el cuerpo de las mujeres, en los muelles y en los campos de trigo.

Combatiente contra la ocupación alemana de su país durante la Segunda Guerra, Nash es capaz de decir que

¡Es correcto rebelarse!
El motivo que pesa en mi cuerpo
es una elección acorde a mi naturaleza.

Pero también de asombrarse con el resurgimiento de la vida:

Yo
joven aguja de una brújula de amor
veo
ahora, en el noveno mes de la cosecha
detrás de la suave sombra de tu ombligo
—pequeño ojo solar de tu cuerpo—
el triple acorde de una nueva vida.

Irreverente, tierno, rebelde, Nash formó parte del grupo "Internacional situacionista", precursor de consignas libertarias durante los movimientos de 1968. Aguerrido y de ideales claros, este poeta halla sus foros en "calles, oficinas, fábricas, estaciones de trenes, cafés, escuelas, entradas de museos", según lo señala Andrés King Cobos en la nota introductoria al libro que ahora nos ocupa. Todo queda claro con la consigna de Nash: "Un arte que no sea ajeno a la vida".



Jörgen Nash,
Material de lectura.
México, UNAM (Coordinación
de Difusión Cultural-Dirección
de Literatura/Serie Poesía
Moderna, 193), 1996.



TEATRO JUAN RUIZ
 DE ALARCÓN
 Centro Cultural Universitario
 Insurgentes Sur 3000
Reporte meteorológico
 cuento para representar de
 Pablo Mandoki
 *La compañía: Gustavo Muñoz,
 Juan Ybarra, Nathalie Côté,
 Elizabeth Guindi y Edgar Alexen
 *Escenografía:
 Mauricio Gómez Morín
 *Vestuario y maquillaje:
 Salvador Parra
 *Iluminación: Valentín Orozco
 *Música original: Ariel Guzik
 *Asesoría vocal: Margie Bermejo
 *Asesoría corporal: Isabel Romero
 *Coordinación general:
 Ramiro Ruiz
 Funciones de jueves a domingos
 Boletos \$50.00*

FORO SOR JUANA
 INÉS DE LA CRUZ
 Centro Cultural Universitario
 Insurgentes Sur 3000
Ella imagina
 de Juan José Millás
 dirección de José Ramón Enríquez
 Con Emma Dib
 Escenografía de Philippe Amand
 Funciones: miércoles
 Boletos \$50.00*

☉ REPORTE METEOROLÓGICO

Crónica de los estados de ánimo, de los cambios de clima, de los impulsos vitales y de cuerpos celestiales. Cinco personajes -Añú, Aia, Saj, Fug y Tiar- recorren cíclicamente un mecanismo compuesto por cuatro puntos cardinales: la angustia existencial, el juego, el trabajo y el amor. Estos cinco personajes, 'humanoides' casi idénticos, transitan de un punto a otro, hilvanando sus historias de encuentros y desencuentros en el choque producido por cada cambio de posición.

De un texto en forma de cuento, Mandoki hace una representación teatral, una propuesta escénica evocativa y sugerente conectada con lo más esencial del ser humano, con lo original: los elementos en la naturaleza que se afectan por los cambios climáticos, siendo el ser humano un elemento más; los instintos; las reacciones primigenias; un lenguaje verbal desconocido en la forma pero reconocido en el contenido. Así, desde el origen, Mandoki nos habla del ser que lucha y ama, se encuentra a sí mismo en los otros para llegar al desencuentro inevitable. *Reporte meteorológico* nos habla del hoy, de la incertidumbre y el riesgo desde la perspectiva de lo esencial.

Visualmente la obra es un bello paraje desértico, acotado por una breve laguna, en el que se suceden los días y las noches, el frío y el calor, la lluvia y la risa. La escenografía, el vestuario, el maquillaje y la música forman un todo orgánico con los personajes.

☉ ELLA IMAGINA

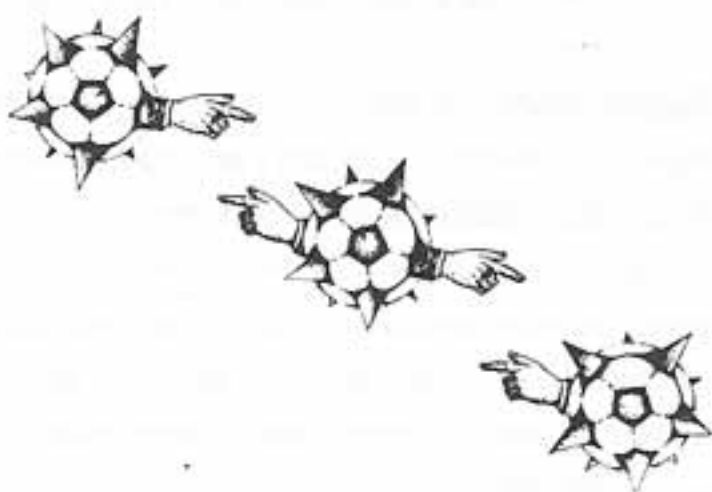
Uno de los más brillantes escritores españoles actuales, Juan José Millás (1946), da la posibilidad a una joven actriz mexicana, Emma Dib, de probar que el monólogo es una rica posibilidad teatral. El director, José Ramón Enríquez, los acompaña en un viaje lleno de riesgos, pero lleno también de una belleza y de una densidad inolvidables.

Así, a lo largo de una hora, Ella viaja, en su imaginación, por los laberintos invisibles que conectan mundos, como roperos, zapatos y cajitas y cajotas, como conectan al padre

Las mujeres de Fray Lope solían terminar casadas con el hombre al que amaban. No importa cuán desenamoradas, arrogantes o masculinizadas fueran. A veces esto se lee como misoginia por parte del Fénix de los Ingenios; sin embargo, el concepto del amor en él nada tiene que ver con el sometimiento o con el apego. Lope ve el amor como armónica consonancia, como la única fuerza capaz de disolver nuestras diferencias y de permitirnos coexistir con el otro pues, como él decía, "lo mismo el hombre como la mujer, somos arte de ese todo que nos da principio y ser".

© ESCULTURA FIN DE MILENIO

Escultura, dibujos y maquetas de Pedro Cervantes.



© LOS PROPÓSITOS DE LA MIRADA

Pintura de Eduardo Cohen.

Escultura Fin de Milenio

Museo Universitario
Contemporáneo de Arte
Costado Sur de la Rectoría,
Ciudad Universitaria
Lunes a viernes 10 a 19 hrs.,
sábados y domingos 10 a 17 hrs.
Entrada general: \$6.00
Estudiantes: \$3.00
Hasta el 31 de agosto

Los propósitos de la mirada

Palacio de Minería
Tacuba No. 7, Centro
Martes a domingo 10 a 18 hrs.
Entrada general \$5.00
Hasta el 30 de agosto
Organiza la Dirección de Artes
Plásticas, Teléfono 622 04 02

pase individual

para funciones organizadas por el
Departamento de Danza

(Excepto funciones especiales o estrenos)
Canjear en taquilla, treinta minutos antes de la función
Válido los meses de agosto y septiembre
Informes: Departamento de Danza
622 62 03 622 62 09

DANZA

DANZA

CORTE AQUI

